Ève de entre sus escombros

Ananda Devi

traducción de Cristina Pineda Huertas



ÈVE DE ENTRE SUS ESCOMBROS

ANANDA DEVI

TRADUCCIÓN DE CRISTINA PINEDA HUERTAS

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français

Título original: *Eve de* ses *décombres*

Edición original: Gallimard, París, 2006
Primera edición: mayo 2024
Edición ebook: septiembre 2024

Fotografía de cubierta: © iStock/Joaquín Gallego, 2023
Fotografía de solapa: Catherine Hélie © Éditions Gallimard

Armaenia Editorial, s. I.
www.armaeniaeditorial.com

Diseño: Joaquín Gallego
Impresión: Gráficas Cofás, s. a.

isbn: 978-84-18994-55-5

PRÓLOGO

Fue una visión fugaz: unos cuantos edificios de apartamentos abandonados, un par de gallinas picoteando gusanos desganadamente, un niño haciendo pasteles de barro, unos hombres jugando al dominó con una botella de ron en la mano. Un grupo de jóvenes fumando, vigilantes y cautelosos. Y una chica, muy delgada, con el pelo revuelto y un vestido corto, pasaba caminando, como si no se diera cuenta de que la estaban mirando.

Una visión fugaz, pero una historia. Todo lo abarcado en esta imagen. Esto fue en 2005, en Mauricio. Sentí un temblor de miedo mientras me preguntaba qué pasaría con estas personas, especialmente con los jóvenes. En este país, las palabras «desarrollo económico» se habían convertido en el mantra según el cual funcionaba la sociedad, dejando a muchos tambaleándose a su paso. Sin embargo, cuando regresé a Francia, vi el mismo malestar, las mismas brechas cada vez mayores, el mismo descontento latente. Y luego, en octubre de 2005, estallaron los disturbios en los suburbios de París. Dos adolescentes perseguidos por la policía se refugiaron en una subestación eléctrica y se electrocutaron. Fueron el catalizador del levantamiento.

De repente, nuestras pantallas se llenaron de imágenes de violencia: coches incendiados, escaparates destrozados, gimnasios en llamas y grupos de jóvenes arrasándolo todo en medio de escenas apocalípticas de devastación.

En los canales de noticias de todo el mundo, todos comentaban estos acontecimientos; todos tenían una opinión: periodistas, políticos, analistas, policías, abogados y psicólogos. Lo que no escuchamos fue la voz de los alborotadores.

Para entonces ya había empezado a escribir *Eve de entre sus escombros*, ambientada en un suburbio de la capital de Mauricio, Port-Louis. Pero los acontecimientos de París de repente dieron un significado diferente a mi historia. No se trataba solo de los jóvenes privados de sus derechos en Mauricio: se trataba de todos ellos, ya sea en París, Londres, Buenos Aires, Mumbai o Nueva York. Se trataba de

quiénes eran, de cómo veían que la brecha entre ricos y pobres se hacía cada vez más amplia, de cómo los prejuicios, el racismo, el desempleo y la discriminación les impedían salir de la rutina en la que se encontraban; de cómo no podían ver una salida. Una salida de las prisiones físicas y mentales en las que se encontraban confinados, una salida de los muros cada vez más altos que los rodeaban, una salida de su propia piel, que parecía haberse vuelto demasiado estrecha para ellos.

Quería hacer oír sus voces; y así, escribí en primera persona para los cuatro protagonistas, cada uno con diferentes miedos y diferentes esperanzas. Escribí con la voz de su subconsciente, que no estaba restringida por modismos locales sino que era profunda, poética y dolorosa. Escribí para ellos y no sobre ellos. Para todos esos niños para quienes la violencia no era una conquista, sino la resistencia de los desesperados, como dice Sad en el libro.

Los amaba y quería encontrarles una salida. No podía, no para todos. Así que he dejado un rastro de migajas para que algunos de ellos lo sigan. Incluso ahora, quince años después, en un mundo que parece estar cada vez más al borde de lo desconocido, pienso en Eve, Clélio y Sad, y espero que hayan podido seguir este camino.

Espero que lo hayan logrado.

Ananda Devi, enero 2021

***Ève*:**

Me cuesta caminar. Avanzo renqueando, a trompicones por entre el vapor que suelta el asfalto.

A cada paso nace un monstruo, plenamente desarrollado.

La noche de la ciudad va hinchiéndose elástica a mi alrededor. El aire salado proveniente del Caudan me raspa la piel y los dolores, pero sigo caminando.

Ya no voy a obedecer más que a mi propia lógica. Esto de mí que huye, este goteo de vida que se me escapa y me convierte en una criatura exangüe, que vampiriza la noche, ya no importa. Se ha adentrado en mí un silencio que me corta la respiración.

Me concentro en mis pasos. Desde hace un tiempo, es mi único recurso. El sonido de mis pasos sobre la carretera es un martilleo de fracasos. Me cuelgo la cartera del hombro derecho. Esta noche, llevo algo más que libros. Dentro, llevo un bulto que me tranquiliza, bien apretado contra mi axila: la quemazón de todas las falsas partidas y todas las llegadas frustradas. Pronto dejará de ser solo el ritmo que esconden mis venas. Mi marca se imprimirá en una frente, entre las cejas. Para este instante he nacido.

Me paso la mano por la nuca. Me sorprende la textura rugosa. Sin pelo, estoy más desnuda que nunca. Entonces, me acuerdo: mi madre me ha rapado. Al mirarme en el espejo, he visto mi cabeza de leona. Tenía las crines de mi hambre.

Voy caminando, a pesar de que me gustaría correr hacia mí misma. La noche vibra. La ciudad se estremece. Ya he salido. Nada volverá a pararme.

PRIMERA PARTE

Sad:

Soy Sadiq. Todo el mundo me llama Sad.

Entre tristeza y crueldad, hay una delgada línea.

Eve es mi razón de ser, pero ella finge que no se da cuenta. Cuando se cruza conmigo, su mirada me atraviesa sin detenerse. Desaparezco.

El lugar en el que estoy es gris. O, mejor dicho, de un pardo amarillento, que bien merece su nombre: Troumaron[1]. Troumaron es una especie de boca de embudo, el último desagüe al que vienen a verterse las aguas residuales de todo un país. Aquí se realoja a los refugiados de los ciclones, aquellos que no han sabido encontrar su sitio después de una tormenta tropical y que, dos o cinco o diez o veinte años después, siguen teniendo los dedos de los pies empapados y los ojos pálidos de lluvia.

Yo vivo aquí desde siempre. Soy refugiado de nacimiento. Como todos los que hemos crecido a la sombra amarilla de estos edificios, no he logrado entender nada de sus esquinas fatales. No veía las fisuras, nacidas a nuestros pies, que nos separaban del mundo. Solo jugaba con Eve. La llamábamos el esqueleto por lo flaca que era, pero también para enmascarar un cariño inconfesado. Jugábamos a la guerra hasta que acabamos entrando en guerra.

Estamos encaramados en la montaña de Signaux. Port Louis se nos aferra a los pies, pero no nos arrastra. La ciudad nos da la espalda. Su rumor de lava sorda se detiene en nuestras fronteras. La montaña obstruye la vista de cualquier otra cosa. Entre la ciudad y la piedra, nuestros edificios, nuestros cascotes, nuestra basura. Nuestros eccemas provocados por la pintura y el alquitrán bajo los pies. Un área de juego infantil se convierte en el escenario de un curso de asalto, con sus agujas, sus cascos de botella, sus grietas de espera. Aquí, los chicos han apretado los puños por primera vez, y las chicas han llorado por primera vez. Aquí, cada cual se ha enfrentado a sus certezas.

Un día uno despierta y el futuro ha desaparecido. El cielo oculta las ventanas. La noche hace su entrada en los cuerpos y se niega a salir.

La noche y la rabia de las hormonas. Nosotros, los chicos, tenemos necesidades. Empezamos a perseguir a las chicas hasta la fábrica

abandonada que devoró los sueños de nuestras madres. Quizá es lo que les espera también a ellas. De la fábrica no queda más que un cascarón de metal vacío y los cientos de máquinas de coser que grabaron en sus hombros el encorvamiento de la derrota y en sus manos esos desgarrones y cortes a modo de tatuajes. Quedan los restos de todas las mujeres que trabajaron allí. Se nota que trataron de darle una apariencia humana a su desolación. Junto a cada máquina, hay alguna flor de plástico malva, fotos familiares descoloridas, postales enviadas desde Europa o algún pasador rojo olvidado, todavía con su hebra de pelo arrancada. O bien algún símbolo religioso —un crucifijo, unos versículos del Corán, estatuillas de Buda, imágenes de Krishna— que permiten adivinar a qué comunidad pertenecían sus propietarias, por poco que se tengan ganas de jugar a las adivinanzas. Cuando la fábrica cerró, ni siquiera pudieron entrar a recoger sus cosas. Así de repentino fue, de inesperado; aunque más tarde he comprendido que no quisieron ver nada. Me pregunto de qué les ha servido tanta devoción. Desde entonces, todo es una ofrenda al óxido y a nuestros juegos perversos, escondidos bajo un telón de cardenillo. Son huellas nuestras las que invaden las salas enranciadas y las guaridas de las ratas. La tinta de todas las virginidades perdidas aquí.

A veces, cuando el barrio está en calma, me parece que a nuestro alrededor los sonidos de esta tierra son distintos. Otras músicas, sonoridades menos fúnebres, el chasquido de las cajas registradoras, el chispazo del desarrollo. Los turistas se burlan de nosotros sin darse cuenta. Tienen la inocencia de su dinero. Les estafamos unas cuantas rupias hasta que comienzan a desconfiar de nuestros caretos falsos y afables. El país se pone su vestido de cielo azul para seducirlos mejor. Un perfume de mar le sale de entre los muslos. Desde aquí no vemos el maquillaje que hay fuera, y sus ojos cegados por el sol no nos ven a nosotros. Es el orden de las cosas.

Las madres van desapareciendo en una bruma dimisionaria. Los padres encuentran en el alcohol las virtudes de la autoridad. Pero autoridad ya no les queda. Nosotros, los chicos, somos la autoridad. Hemos trazado nuestras fronteras como señores de la guerra. Nos hemos apropiado de los pedazos del barrio. Desde que nuestros padres no trabajan, nosotros somos los amos. Hemos comprendido que nadie podía darnos órdenes. Ya nadie podía mirarnos a los ojos sin estremecerse. A partir de ese momento, cada uno se puso a vivir a su manera, liberado de todo, emancipado de las reglas. Las reglas las dictamos nosotros.

Pero, desde hace un tiempo, algo nuevo se ha deslizado entre mis sueños. Mancillo las paredes de mi cuarto con preguntas, las ensangriento con el jugo de las palabras. Aprendo a callarme. Aprendo a decirme. Aprendo a construirme y a zafarme. Supongo que todos

somos así: seguimos la corriente, como todos, pero por dentro, cada uno se repliega sobre sí mismo y alimenta sus secretos. Sigo los mismos pasos que el resto y finjo pertenecer al grupo, por las formas, por la supervivencia. Eve no lo entiende.

Cuando Ève pasa por delante de nosotros, con su cabellera de noche espumosa, enfundada en sus vaqueros ceñidos, los demás se ríen con sorna y rechinan los dientes, pero a mí me dan ganas de arrodillarme. Ella ni nos mira. No le damos miedo. Tiene su soledad por armadura.

Por la noche, mis hormonas se apoderan de su rostro y lo van dibujando a golpe de deseo. Cuando no aguanto más, salgo con la banda, se nos enfurecen las motos y atormentan a los viejos dormidos. Por la mañana, los demás se hunden en el estupor de la droga y la ira. Yo me ducho, me afeito y voy a clase. Esta doble vida me agota, pero por nada del mundo me perdería a Eve por las mañanas, su perfil en la parada del autobús, cuando un dedo de sol juguetea con su oreja.

Además, lo confieso, me gustan las palabras.

Deslizo un libro de poesía dentro de su cartera.

Más tarde, nos cruzamos y se queda mirándome fijamente. Me altera por completo.

A ella le dedico todas las frases que tiznan las paredes de mi cuarto. Mis soles amargos.

El barrio es nuestro reino. Nuestro barrio en el barrio, nuestra ciudad en la ciudad. A Port Louis le ha cambiado la cara, le han crecido dientes largos y edificios más altos que sus montañas. Pero el barrio no ha cambiado. Es la última trinchera. Aquí, nos construimos una identidad por defecto: la de quienes no forman parte. Nos llaman *bann Troumaron*, los Troumaron, como si se tratara de una comunidad más en esta isla que tiene ya tantas. Quizá, efectivamente, lo somos.

Nuestra cueva, nuestra área de juegos, nuestro campo de batalla, nuestro cementerio. Aquí tenemos de todo. No necesitamos nada más. Algún día, seremos invencibles y temblará el mundo. Esa es nuestra ambición.

Ève:

Un lápiz. Una goma. Una regla. Papel. Chicles. Jugaba a la gallinita ciega con mis deseos. Era una niña, pero no del todo. Tenía doce años. Me tapaba los ojos y extendía la mano. Hendía el aire con ella. Tiritaba al viento con mi ropa exigua. Creía que todo estaba a mi alcance. A mi paso, a los chicos les crecían lunas en los ojos. Pensaba que tenía un poder.

Un lápiz. Una goma. Una regla. Extendía la mano porque en mi cartera no había nada. Iba al colegio vacía de todo. Sentía una especie de orgullo en no poseer. Se puede ser rico con las propias nadas.

Porque era minúscula, porque era flaca, porque tenía los brazos y las piernas tirantes como el garabato de un niño, los chicos un poco más mayores me protegían. Me daban lo que quería. Pensaban que una ráfaga de viento me haría zozobrar como un barco de papel cuando el agua le muerde la barriga.

Yo era un barco de papel. El agua me empapaba el vientre, los costados, las piernas, los brazos. Pero yo no lo veía. Me creía fuerte. Calculaba mis posibilidades. Estudiaba cada momento. Sabía pedir sin que pareciera que estaba pidiendo.

Un lápiz, una goma, una regla, lo que fuera. Me lo daban. En sus rostros aparecía ese breve instante de dulzura que lo cambiaba todo, que les daba una apariencia humana. Y entonces, un día, cuando como de costumbre pedí sin que pareciera que lo estaba haciendo, me pidieron algo a cambio.

Pensaba que sería algo simple, fácil. ¿Qué podía querer aquel chaval a cambio? Yo era el último mono de la clase, la cosa más insignificante posible. Todo el mundo sabía que no tenía nada. Por una vez, me estaban diciendo que yo poseía. Dentro de mi cartera, estaba el vacío: de nuestro apartamento, más pequeño y desnudo que todos los demás, de nuestros armarios, de nuestra basura incluso. Estaba la mirada de mi padre, pegajosa por el alcohol. Estaban la boca y los párpados sellados de mi madre. Yo no tenía nada, absolutamente nada para dar.

Pero me equivocaba.

Lo que él quería era un pedazo de mí.

Me condujo a una esquina del patio, detrás de un almendro malabar, me apoyó contra el tronco y deslizó la mano por debajo de mi camiseta. Llevaba una camiseta roja con el nombre de un futbolista. No recuerdo cuál. Su mano se detuvo en mi pecho, ascendiendo y descendiendo con suavidad por encima del cabo negro y minúsculo. Yo apenas tenía nada ahí. Oía los gritos del resto de los niños mientras jugaban. Me sonaban lejanos. Como de otro mundo. El chico metió también la otra mano. Se le nubló la tez. Se le calentaron las mejillas. Se tomó su tiempo, a pesar de que estaba asustado. Yo no sentía nada. Existía por fuera de mi cuerpo. No tenía nada que ver con él.

Aquel día, no pidió nada más. Me dio la goma, el lápiz o el cuaderno, ya no recuerdo qué. Acercó su boca a mi oreja. La próxima vez, dijo, probamos otra cosa.

Me encogí de hombros, pero observé con curiosidad sus ojos cubiertos de una película plateada, como azúcar fundido. Parecía deshecho. No existía más queen sus manos. No existía más que en mí.

Por primera vez, mi cartera no estaba vacía. Tenía una moneda de cambio: yo.

Podía comprar. Cambiar lo que necesitaba por mí misma. Pedazos, parcelas. Mis piezas desgajadas. Miraba con descaro a los chicos mayores que salían del instituto. ¿Quieres ver una cosa?, les preguntaba. Se reían y me decían, lárgate, ahí no hay nada que ver. Pero luego, me miraban con detenimiento y mis ojos les decían otra cosa. Sabía cómo hacerlo. Por mis ojos corría el líquido de otra persona, que nada tenía que ver con mi cuerpo esquelético. Negaba mi pequeñez y mi fragilidad. Me contradecía. Eso lo cambiaba todo. Contenían el aliento. En mi cara se encontraban con las sombras y las alas. Allí depositaban una caricia, un almíbar deseoso que se derramaba por mi mejilla derecha. Ellos, los chicos mayores, tenían otras cosas para intercambiar: libros, calculadoras, discos. Todo lo que yo les daba era la sombra de mi cuerpo.

Vivo en una negociación permanente. Mi cuerpo es una escala. Son navegables tramos enteros de él. Con el tiempo, van brotando quemaduras, grietas. Cada uno deja su marca, delimita su territorio.

Tengo diecisiete años y me da completamente igual. Me estoy comprando mi futuro.

Soy transparente. Los chicos me miran como si pudieran verme el reverso de la piel. Las chicas me evitan por miedo al contagio. Tengo una reputación.

Estoy sola. Pero desde hace tiempo he comprendido la necesidad de estarlo. Camino recta, intacta. Nadie puede leer mi rostro sellado, excepto cuando decido abrirlo. No me parezco al resto. No pertenezco a Troumaron. El barrio no me ha robado el alma, como a los demás

robots que lo habitan. Este esqueleto tiene una vida secreta grabada en el vientre. Esculpida por la hoja del rechazo. Ni el pasado ni el futuro importan: no existen. El presente tampoco, por lo demás.

Una goma. Un lápiz. Una regla. Los comienzos siempre son sencillos. Y luego una abre los ojos a un mundo devastado, a un universo infecto. A la mirada de los demás, que juzga y condena. Tengo diecisiete años y he decidido mi vida.

Me enfrento a mis escollos. No voy a ser como mi madre. No voy a ser como mi padre. Soy otra cosa, algo que ni siquiera está del todo vivo. Camino sola y recta. No le tengo miedo a nadie. Son ellos los que me tienen miedo a mí, a lo inexplorado que adivinan bajo mi piel.

Cuanto más me tocan, más me pierden. Quienes se atreven a mirar al fondo de mis ojos caen presas del vértigo. Son tan simples. Lo que no tiene explicación los aterroriza. Quieren marcos sólidos. Chica con la que casarse, chica de usar y tirar. Son las dos únicas categorías que conocen. Pero yo no pertenezco ni a una ni a otra. Eso los sobrepasa y los exaspera.

Por la noche, me acerco a rondar el asfalto. Las citas ya están programadas. Me llevan, me traen. Me mantengo fría. Si algo en mí ha cambiado, no es la parte más auténtica. Me protejo. Sé cómo protegerme de los hombres. Yo soy el depredador.

Me llevan, me traen. A veces, me maltraen. Para mí no supone nada. No es más que un cuerpo. Se arregla. Está hecho para eso.

Voy ignorando las trampas y los obstáculos. Bailando mi danza de evasión.

Sombra o ala, lo que eras ya no existe. Te conviertes en otra cosa. En el barrio de Troumaron, un reflejo te persigue. Se burla de ti. Te dice que vas caminando marcha atrás. Transforma tus apariencias, invierte el sentido de tu trayectoria, revela el envés de tu silencio. El barquito de papel hace agua por todas partes y *tú no lo sabes. Miras cómo te derramas sin verte. Comas, papel, lápices, reglas, libros, corazón, caderas, dedos. Un día, te miras en el espejo* y *ya nada de eso es tuyo.*

Ves un rostro ceñido a sus mentiras. Te preguntas adonde has ido. Andabas buscando una llave y *encontraste un allanamiento.*

Clélio:

Soy Clélio. Me he declarado en guerra. Lucho contra todos y contra nadie. No soy capaz de arrancarme de mi rabia. Algún día, está claro, acabaré matando a alguien. No sé a quién. A mis padres, quizá, o a algún jefe o colega de la banda o a alguna mujer o a mí mismo.

He hecho de todo en la vida. Solo me falta el asesinato. A veces, me gusta cantar. La gente me escucha mientras canto. Es como si se quedaran paralizados. Paralizo sus vidas y su corazón. Tengo una voz que atraviesa el infinito, dice Sad, que habla como nadie por aquí. Tengo una voz que al parecer provoca escalofríos hasta en la chatarra. Los edificios dejan de aplastar a la gente. Yo relajo mi puño de cemento. Las paredes adquieren un aire nostálgico. Las chicas, un aire de rosa. Pero no voy a fastidiarme cantando a cambio de aire.

Un par de veces me han propuesto cantar en alguna boda. La gente se queda mirándome con un aspecto bobo y alegre que me da ganas de partirles la cara. Verlos ahí reunidos con su ropa elegante y esos zapatos apretados que les dejan callos tan grandes que parecen un sexto dedo, negando todo lo que de verdad sucede, negando su miseria con ese alarde de comida y bebida, me da ganas de hacer que se traguen la sonrisa. Pienso para mí que, si una sola viejecita más vuelve a pedirme que cante *Marinella*, voy a mandarlos a todos a la mierda. Tengo mal beber. Una jarra de cerveza y voy tirando las mesas y a la novia. Una vez, incluso me abalancé sobre la novia para arrancarle el velo, porque sabía que no era más que un disfraz. Si no me hubieran parado, le habría arrancado también el vestido y hasta los votos.

Creo que he nacido así. Creo que vi el futuro y no me gustó. Y cuando veo un clavo, me entran ganas de tragármelo o de dárselo a tragar a otro.

He ido a parar a la cárcel unas cuantas veces por agresiones. Si nunca he estado más tiempo, es porque soy menor. El año que viene, cuando cumpla dieciocho años, las penas serán más severas. Por el momento, los jueces me echan el sermón. Se ablandan ante mi mirada de niño y me dicen con una especie de ternura desesperada que me porte bien. Pero sé que no voy a cambiar. Soy un mocoso, una piltrafa,

un andrajo.

Soy Clélio, un sucio miserable. El que se traga los clavos oxidados de los demás. ¿Qué esperáis de mí? Uno no cambia.

Sad:

Me dicen que voy a triunfar en la vida. Hay que decir que triunfar no significa lo mismo para todo el mundo. Es una palabra con significados variables. En mi caso, quiere decir simplemente que las puertas cerradas podrían llegar a entreabrirse y, metiendo barriga, podría tratar de deslizarme por el hueco y burlar la vigilancia de Troumaron. Todo el mundo sabe que la pobreza es la peor carcelera. Los profes dicen que todo es posible. Me cuentan que ellos también se aprendían la lección a la luz de una vela. De hecho, en sus ojos veo la escasa claridad de pensamiento que resulta de eso. Me dicen: tenéis que aprovechar vuestra oportunidad, no ser un freno para el desarrollo del país. ¿Quién es ese «vosotros»?

Lo nuestro son los estereotipos. Los cumplimos todos. Somos los campeones.

Me prometen el fantasma del éxito, como si me dijeran, sin creérselo demasiado, desviando la mirada: eres capaz de hacer milagros. Es cierto, tengo buena memoria. Soy una esponja: lo absorbo todo. Y soy una vejiga: todo lo devuelvo. Parece que eso ayuda a tener éxito. Tragar y regurgitar.

Pero también los uso a ellos. Sigo las clases. Apruebo los exámenes. Llevo una doble vida: la noche con la banda, el día con la gente bien.

Recuerdo el día en que me partí en dos: en clase de francés, la profesora, una joven enfermiza tan amarillenta como sus blusas amarillo pollo y que no se quedó mucho tiempo (por eso digo que estaba allí solo para mí, en aquel preciso momento era el destino llamando a mi cerebro dormido), esta profe, pues, dijo: vamos a leer unos poemas de un chico de vuestra edad. Los chicos, en cuanto escuchan la palabra poesía, empiezan a hacer como que vomitan y se tapan las orejas haciendo ruidos groseros. Pero de todos modos leyó los poemas por encima de aquel alboroto, así como unas cartas del poeta, con su vocecita temblorosa. Comenzó por: *Nadie es serio a los diecisiete años*. Primero, pensé: se equivoca, porque para nosotros diecisiete años es algo muy serio. Pero luego empecé a oír, en lugar de su voz, la voz dura de un chico que hablaba de sus ansias, de su rabia, de sus heridas, de sus deseos, pero no solo, hablaba también del

mundo, del suyo y del mío y, de golpe, tuve la impresión de que me estaba hablando solo a mí. Sí, directamente. Me decía: soy tu hermano. La profesora leyó un poema donde decía que las vocales tenían colores y me pareció tan evidente que me sobresalté: para mí también, las palabras tienen colores. Más que la isla, con sus azules y naranjas, eran las palabras las que desataban furores violáceos en mi cabeza. Cuando terminó, dijo: este poeta se llama Rimbaud.

Soy tu hermano.

Soy tu doble. Y tu mitad. Me partí limpiamente: era Sad, petrificado en mi rígida silla (o rígido en mi silla petrificada), y era otro, alguien sin ataduras, que observaba las cosas y las conjuraba con su pensamiento, su provocación, su mortalidad.

Aquella noche, tumbado en la cama, tomé un rotulador y empecé a escribir cosas en la pared, por encima del cabecero. Por supuesto, eran cosas sobre Eve. Ella sola ocupaba todo mi pensamiento. Así, he empezado a hablar con ella, la trato de «tú», adivino adonde va, lo que piensa, lo que vive. Ella no sabe lo bien que la adivino. Escribo tanto sobre ella que a veces pienso que estoy escribiendo también su propia vida, y la de los demás, la de todos.

Leo a escondidas sin parar. Leo en el baño, leo en mitad de la noche, leo como si los libros pudieran aflojar el nudo que se me clava alrededor de la garganta. Leo para comprender que hay un mundo distinto. Una dimensión en la que brillan los posibles.

***Ève*:**

El agua y sus remolinos. Sus líneas, su opalescencia, sus bruscos cambios de sentido. Paso las horas contemplando cómo el arroyo corre inútilmente. Los colores se deslizan bajo la transparencia cuando el sol choca de frente contra el agua. Yo también me deslizo hacia delante, llevada por el tiempo, llevada por la nada.

Los edificios se alzan frente a mí. No me dan miedo. Los desafío a sostenerme la mirada. Condenan a muerte a todo el que nace dentro, aunque eso no cambia nada. Todo el mundo nace condenado. Los niños tienen los ojos desteñidos de colores y de cielo. Yo conozco desde hace tiempo la frialdad del metal. Me ha inoculado su fuerza líquida.

El barrio era una ciénaga al pie de la montaña. La secaron para construir estos bloques, pero no secaron el olor a alga parda ni la incertidumbre del suelo donde no crecen más que cadáveres de zarzas y sueños. Algunos edificios ya se están torciendo. Pronto tendremos nuestra propia torre de Pisa. La octava maravilla del mundo: el barrio de Troumaron.

Sentada en una colina cercana, fumo y miro a los chicos. Montan guardia al pie de cada bloque. Los puntos luminosos de los porros apostillan el círculo cerrado. Cierran pactos, establecen reglas, forman alianzas: el espíritu de la horda. Si te importa tu vida, tu cuerpo, si eres una chica o un viejo, te interesa tomar un desvío. Extienden a su alrededor un charco de aceite en el que se reflejan las caras rendidas de la gente y el revés de sus pasos. A esta hora, nadie pasa caminando. Todo el mundo va corriendo. Se produce una pavana funesta. Para ellos, la mayoría de las mujeres encierran la misma pesantez: ese agujero que es puerta de entrada infranqueable y abierta, cuyo secreto no conocen. Así que se lanzan a la caza, como los cientos de perros callejeros que recorren la ciudad por todas partes y la van desgarrando.

Incluso Sad, que es un poco diferente, que piensa en cosas más allá de la apertura de piernas femeninas, forma parte de una banda. No tiene el valor de desmarcarse, de estar solo, de seguir otro camino. No tiene ni idea de lo que hay en nosotras:

Esta agua enturbiada, este mundo lúgubre, esta sonrisa lejana de una noche de luna, cuando el viento viene a decirnos a la boca cosas que nos ponen pensativas y tristes.

Sad habla de poesía cuando estamos a solas. Pero no tiene ni idea de la poesía de las mujeres.

La poesía de las mujeres sucede cuando Savita y yo caminamos juntas sincronizando nuestros pasos para evitar las zanjas de siempre. Cuando jugamos a ser gemelas porque nos parecemos. Llevamos la misma ropa, el mismo perfume. Es como si bailáramos. Nuestros pendientes tintinean. Ella tiene una piedrita minúscula en el ala de la nariz, como una estrella. La poesía de las mujeres es la risa, en este rincón perdido del mundo, que abre una pizca de paraíso para que no nos dejemos ahogar.

Pero esos momentos son breves. Cuando estoy sola, vuelvo a hundirme en mi negrura y entiendo que voy a morir.

Decido volver. El arroyo no es profundo, pero preferiría quedarme aquí escuchando su voz en lugar de las groserías que me salpican cuando paso.

Veo a Sad entre ellos. Hace como que no me ve. Sé que está avergonzado. Sonrío.

Una mano se ha cerrado alrededor de tu tobillo y tira de ti con cariño. Tu mirada huye. Al principio, pensabas que el alcance de los gestos y los actos era escaso. Pensabas que quedaban circunscritos a la prisa del deseo. Pero luego, la violencia entró en la ecuación. Y la mano tira de ti y el deseo se corrompe. El acto toma otro cariz, otros frenesíes. Siempre hace falta más. Las posibilidades se multiplican.

Se acabó la cópula apresurada detrás de los árboles, en los baños. Los lugares ocultos insospechados bajo la superficie de las costumbres te atrapan. Una mano te arrastra. En la oscuridad, no reconoces las bocas ni las formas. En la oscuridad, el dolor es inesperado. O bien, a la luz roja que alumbra un cuarto desnudo, ves a quien te espera y te flaquea el corazón.

Y cuando sales, caminas por la ciudad sin prisa, como descentrada. Caminas para deshacerte de la memoria. Abres la boca para tomar un aire que quema, capaz de carbonizar la amenaza del recuerdo. Te vas a casa a dormir, creyendo que has olvidado. Así puedes volver a empezar, sin saber por qué.

La mano cerrada en torno a tu tobillo ya no te suelta y recrudece su agarre. Ya no tienes opción. Lo único que puedes hacer es borrar, una y otra vez, tus contornos demasiado cargados, sin saber que así te borras

también.

El olvido es el enlace entre el día y la noche, la pared lisa que te protege de ti misma. Te vuelves sorda. Ya no oyes los gruñidos que en otro tiempo atormentaban tus oídos. Ya no oyes la música, demasiado contradictoria en comparación con la forma en que la miras.

Sad:

Baby won’t you give it to me, give it to me, you know I want it.

Están bailando con una especie de vaivén de caderas, apenas un movimiento, una ondulación que las lleva hacia delante, las aleja, las acerca de nuevo. En ese movimiento, los vaqueros se ciñen alrededor del culo como dos manos asidas a sus curvas.

Baby won’t you give it to me…

Ambas llevan tops ajustados, uno rojo, el otro blanco, atravesados sobre sus pechos pequeños y jugosos.

Hundido en un sillón, la manera en que se mueven se mezcla para mí con la música y la cerveza, y por mi interior corre un líquido de idéntica cadencia que se contonea en mi abdomen. Las notas del bajo me cosquillean en el bajo vientre. Con apenas el mismo movimiento, empiezo a hincharme.

Eve y Savita están bailando juntas. No nos miran. No miran a nadie. De sus bocas se escapa un arabesco de tabaco. Sus hombros se quiebran al ritmo de la música. Los vaqueros se van estrechando al mismo ritmo. Imagino que se les deslizan por la doblez, por el hueco.

No puedo más. Me levanto y devoro las escaleras en dirección a los baños. Voy atropellando cuerpos ajenos. En la parte de arriba de esta discoteca de Grand Baie, hay habitaciones. Imagino que Eve y yo subimos a una. Abrimos la ventana porque el cuarto apesta a cuerpos viejos. El aire salado de Grand Baie engulle la pieza y convierte la habitación de putas en un dormitorio nupcial, vestido entero de rojo. Ocupo el lugar de las manos en sus vaqueros. El de la música en sus piernas, en sus hombros. El del cigarrillo en su boca. Soy el viento que la recorre por todas partes. Envuelvo su piel con una película de sal. La música cambia, se vuelve más urgente, pero en mi cabeza sigue *won’t you give it to me, give it to me, you know I want it*, murmuro / tunnt *it I want it I want it*, mis manos son pura furia.

Tengo la cara cubierta de sudor. Cuando salgo del baño, soy yo el que apesta. Pero me siento mejor. Vuelvo a la discoteca, donde ellas siguen bailando, sin saber que un volcán ha entrado en erupción.

Recupero mi cerveza. Los demás se burlan de mí. Se ponen a hablar, a arremeter contra ella y a cantar canciones soeces. Ève se baja

las bragas a la primera de cambio, dicen. No les hago caso. Solo yo sé quién es Ève.

Nadie sabe qué es lo que une a Ève y a Savita. Ève y Savita son las dos caras de la luna. Savita también vive en Troumaron, pero un abismo separa a las dos familias. La familia de Savita actúa como si no perteneciera al barrio, como si solo estuvieran allí por casualidad. La casualidad de la miseria, sí. Es la misma cantinela de siempre: el padre es aficionado a apostar a los caballos y la madre a limpiar el suelo del hospital. Él respira el sudor de los sementales, ella, el olor a sangre y cuerpos descompuestos. A Savita no parece que le importe. Si por casualidad se cruzan en la calle, la familia de Savita aparta la vista de Ève como ante dos perros que se aparean, pero los ojos de ellas se encuentran y se aferran los unos a los otros. Nace entre ellas una sonrisa tan lejana y secreta que hace falta saber mirar para verla. Esa sonrisa de las dos chicas, ojos negros, ojos bronce, el temblor de una luz minúscula que desaparece antes incluso de empezar a titilar, vertida en aguas cómplices, casi como una mezcla de salivas, esa sonrisa es la puerta hacia un lugar que solo conocen ellas. Un asunto de chicas; por supuesto, nosotros, los gallitos de pelea, no entendemos nada de eso.

En Grand Baie, de noche, el mundo se da la vuelta como un guante. La pequeña ciudad balneario que durante el día bulle de turistas y cordialidad se convierte entonces en este hervidero de bichos nocturnos. Chicas con poca ropa, hombres transformados en lobos: que comience la caza. Las discotecas se abren a un laberinto en el que las transacciones se hacen en todos los idiomas, inglés, francés, italiano, alemán, ruso. Las chicas habituales son cada vez más jóvenes. Las más pequeñas son las malgaches y las de Rodrigues; apenas deben de llegar a los trece años. Su paciente espera, algunas perfectamente inmóviles, otras tratando de conquistar a los primeros turistas que pasan, es perfectamente lastimosa. Me da vergüenza y rabia.

Ellas no tienen opción.

¿Pero y Eve? Que no me digan que no había otra forma para ella. Que no había posibilidades. Va merodeando y regodeándose en los bajos fondos, entre la maleza. Hago un esfuerzo por ver el horizonte que se dibuja en el fondo de sus ojos. Estoy seguro de que eso es lo que la guía, una ilusión de luz, un paisaje que solo ella ve. Sé que no es la estación donde paran todos los trenes. Si los demás hablan así de ella es para exorcizarse, porque los obsesiona y no pueden poseerla.

Vuelvo a casa y, durante varios días, me enfado con ella. Eve hace como que no se da cuenta.

Baby won't you give it to me…

No, al fin y al cabo, prefiero volver a Rimbaud: *Las niñas siempre van a la iglesia, contentas de oírse llamar zorras por los chicos*[2].

Zorra, zorra, zorra.

Es una palabra bonita.

Más tarde, copio otra frase dirigida a ella en la pared del rellano, frente a su apartamento: *Ese es el pañuelo de hastío que me han hundido en la boca*[3].

No sé si me refiero a ella o a mí. O quizá a Troumaron.

Clélio:

A la salida del partido de fútbol, un gordo me da un empujón. Enseguida, lo cojo por el cuello de la cazadora amarillo caca que lleva puesta y tiro de él hacia atrás. Si se cae, habrá reyerta general en el estadio. Tanto más cuanto que es un partido entre dos viejos enemigos, incluso aunque hoy en día los equipos ya no lleven nombres como Muslims Scouts o Hindu Cadets. Mis amigos corren a detenerme y me quitan las manos de esa bola de carne sucia. Me quedo observando su cara como si fuera a morderle en cualquier momento. Me sacan de allí antes de que provoque una pelea. Aunque a mí me gustaría. Recibir golpes, golpear, experimentar la libertad de mi rabia como un viento ácido que me atraviesa y me borra la memoria.

No me dejan. Quieren llevarme a rastras al barrio, nuestra prisión. Me subo de un salto a la moto de Kenny. Antes de que pueda pararme, ya estoy en marcha. Voy siguiendo una larga ruta circular por Port Louis, iluminado por su polvo cálido, recorro la calle de la Corderie donde los olores del pescado en salazón me raspan los orificios de la nariz, tomo un largo desvío por la calle Wellington, bajo por la calle de la Poudrière donde saludo tras los muros de piedra a los fantasmas de las antiguas putas, y regreso en dirección al Champ de Mars, donde la ciudadela me observa con su negra mirada. Por el camino, voy casi atropellando a la gente, me subo a las aceras, me cuelo entre los coches, falta que me arrolle uno de esos autobuses que me echa el humo negro en la cara. Por todas partes, vuelan los insultos. Yo me río, me hago notar, todo el mundo está pendiente de mí. Les devuelvo los gestos ofensivos, rayo de pasada un enorme todoterreno con un parachoques como para matar búfalos inexistentes, conducido por una pequeña mujer aferrada a un volante más grande que ella. Me ha visto pasando la llave por la pintura de su coche nuevecito, baja el cristal de la ventanilla, pero cuando llego a su altura y la miro con una sonrisa, no es capaz de decir nada, me relamo los labios y ella se sonroja, lo juro, se sonroja y vuelve a subir la ventanilla cubriendo el aire climatizado que me rociaba la cara, su cara se estruja como si fuera a ponerse a llorar, no es algo bonito de ver, la señora con buen corazón dentro de su monstruo ártico, que ni siquiera es capaz de insultarme, le lanzo un beso con la punta de los dedos, tomo nota

mental del número de matrícula y continúo camino, con el buen humor recuperado.

En mi cabeza todo da vueltas. Hay algo de mí que Port Louis me roba. Demasiada gente, demasiado coche, demasiado edificio alto, demasiado cristal tintado, demasiado nuevo rico, demasiado polvo, demasiado calor, demasiado perro callejero, demasiada rata. No sé adonde ir. Continúo con mi carrera en círculos. Me muerdo la cola.

Mi hermano mayor, Cario, se marchó. Se fue a Francia hace diez años. Yo era pequeño. Él era mi héroe. Al partir, me dijo: volveré a buscarte. Sigo esperándolo. Nunca volvió. Llama de vez en cuando, pero solo cuenta cosas triviales. No sé a qué se dedica allí. Pero por el sonido de su voz, sé que miente, que no ha triunfado. Por el sonido de su voz, sé que está muerto.

Así que a mí también me entran ganas de matar.

Ève:

Un pañuelo de hastío. Sí, a mí también me han hundido uno en la boca desde el día en que nací.

De pie junto a la ventana, escupo a la noche el humo del tabaco. Lo veo deshacerse como si se llevara una parte mía. Cuando mi madre entre en mi cuarto, después de dudar un segundo ante la puerta cerrada, no dirá nada, no olerá nada. Deliberadamente se ha insonorizado la carne para no tener que sentir la vida y lamentarla. Una vida a salvo de toda turbulencia, eso es lo que ella querría. ¿Acaso no es la única visión posible para quienes vienen al mundo en medio de la necesidad?

Hace unos esfuerzos patéticos por camuflar la fealdad del apartamento con imágenes que va recortando de calendarios viejos y revistas. Por las paredes revestidas de cemento florecen fotos del monte Fuji con alguna encantadora japonesa igualmente florida en primer plano, colinas suizas con vacas más limpias que la mayoría de la gente que conozco, un grabado de Napoleón coronándose a sí mismo, una foto de la reina Isabel sosteniendo a un niño color gamba en brazos y varias de johnny Hallyday sudando en su chupa de cuero, desencajado ante el micrófono. Los sillones son de plástico rojo, azul, amarillo y verde, los colores de la bandera mauriciana, y hay un sofá de polipiel heredado de su madre en una esquina. Sobre una mesa de formica se encuentra su única fuente de felicidad: una televisión y un vídeo, que llenan sus días de griterío. En la cocina, prácticamente nunca hay nada que no sean latas de ternera o pescado en conserva, pan duro, macarrones, sardinas. Ella no cocina para la familia. Cada uno se hace sus cosas. Yo casi no como. Cojo un trozo de pan que tuesto directamente en la llama de la cocina hasta que se carboniza y me lo tomo mojándolo en té. O bien unas insípidas galletas Marie con un poco de mantequilla encima. No me interesa mucho lo de la comida.

La ropa que se pone tiene siempre algún estampado abominable. Se le olvida que es una mujer. Es algo, pero no sé qué.

Yo no quiero saber nada de su polipiel, de sus telenovelas brasileñas, de sus sueños apocados. Siempre les he dicho no a mis

padres. Es más, esa fue la primera palabra que dije. ¿No sabes decir que sí?, me preguntó mi padre cuando ya tenía edad de entenderle. No, le dije. La bofetada llegó sin que me la esperara. Esa fue la primera. Debía de tener cuatro años. Después, las bofetadas, como las ventanas con vistas al muro de enfrente y las fotos en la pared, acabaron convirtiéndose en costumbre.

Pero yo repaso las costumbres a contrapelo. Desde esa perspectiva, la cara de mi padre ahogándose de ira resulta ridicula. La quemadura desaparece pronto, aunque no el recuerdo de la quemadura.

Un pañuelo de hastío. La cosa no se queda ahí. Cada noche, las frases continúan martilleando el rellano.

¿De qué color es tu risa? No lo sé. Por dos agujeros que tienes, sangras. Eres mi Pulgarcito siguiendo el camino ensangrentado. Te sigo para encontrar las huellas de nuestros rostros.

Voy *meando oro por los contornos. Se han ahogado en crepúsculo* y *amoníaco.*

Ven conmigo y *te haré morir.*

Por supuesto, sé que es Sadiq quien viene a despertar los ecos del edificio y cada noche me escribe una nueva adivinanza a la que me niego a responder.

No quiero adentrarme en esa complicidad. Por las noches leo el libro de poesía y veo de dónde ha sacado la inspiración. No me importan lo más mínimo sus palabras de segunda mano.

Cuando leo el libro que me dio, las palabras bailan y tratan de estrecharme. Pero entonces cierro mi pensamiento a cal y canto y el libro se me cae de las manos por culpa de la piedra que llevo en el corazón.

Duermo. Me despierto. El moho invade mi cuarto. La ducha, que está pegada a mi habitación, gotea toda la noche. Las paredes rezuman humedad. Me da la impresión de que soy yo quien la exudo. Oigo cómo mi padre tironea de mi madre. Oigo la pasividad de mi madre. Mañana, tendrá cardenales en los brazos. Mañana, irá andando como un pato. Mañana, tendrá los ojos de azufre y olerá a ácido y a hombre.

Voy meando oro por los contornos y canturreo por las mañanas, lo suficientemente alto para que él me oiga. Me mira con mala cara.

Una noche, entró en mi cuarto. Fingí que estaba dormida. Se quedó mirándome. Estuvo mucho tiempo.

No sé en qué estuvo pensando, qué ideas se le pasaron por la cabeza. ¿Sigue siendo un padre? ¿Sigo yo siendo una hija? ¿Qué sé yo?

Desde entonces, dejo mis cosas íntimas por ahí tiradas para impedirle la entrada. Sé que eso le desconcierta y le pone nervioso, no sabe cómo interpretarlo.

Pero el descontento sube como la marea. Mi tranquilidad no durará mucho.

Sad:

El día en que le diga te quiero a un hombre, me mato, dice, mientras su risa va en aumento.

El camino también va cuesta arriba. Una mañana muy temprano, tomamos prestadas dos bicicletas sin permiso. La llevo al monumento de María, Reina de la Paz, en la ladera de la montaña. A esa altura, parece como si el cielo se sonrojara ante nuestras miradas. Este cielo que lo ha visto todo juega al juego de la seducción. Esto es lo único que se me ha ocurrido para enseñarle algo distinto del barrio. Una vista sobre algo diferente de la sequedad de las noches grises.

Al oeste se encuentra la ensenada, tan calmada por la mañana que no se ve el mínimo movimiento en el agua. Un agua sobre la que se podría caminar, el primer milagro. Esa es nuestra ilusión de partida, en la cumbre de nuestros sueños. Parece como si los barcos que ya no transportan pasajeros a pesar de todo trataran de seducirnos, nos llamaran a deslizamos con ellos por la superficie del agua. O quizá acaben desplegando alas, en lugar de velas, y aborden el cielo. Con nosotros encima, como niños maravillados. La ciudad con el rostro lavado de sus tumultos, toda verde, azul y naranja, es el segundo milagro. Se parece a la ciudad de la que hablaban nuestros abuelos, cuando la gente salía a tomar los primeros rayos de sol al umbral de la puerta de casa, con los pies descalzos, y se paraba a escuchar la sonrisa de los transeúntes y la glotonería de las golondrinas en los árboles de mango.

Ese sol se bebía como un refresco de sirope, decían, antes de que empezara a quemar demasiado. Perfecto para arrancar el día, exactamente igual que un trago de ron en el estómago. Claro que eso no nos impedía tomar también el trago de ron, dos soles en el cuerpo valen más que uno, ¿no?

Esta es tu ciudad, le digo en silencio. Tómala en la palma de la mano. Lame su caladura salada. Mira a los ojos a la ciudadela: raya el cielo con su rechazo.

Después, montamos de un salto en nuestras bicis robadas, no, prestadas, y nos lanzamos a devorar una tras otra las callejuelas de ángulos disparatados. Ella no vacila, por supuesto. Me mira con una

sonrisa de rana y me da la espalda y se deja caer cuesta abajo. Yo la sigo. El viento ya cálido nos restalla contra las mejillas, le alborota el pelo suelto. Va gritando y riendo a la vez. Al llegar abajo, pedaleamos con todas nuestras fuerzas para subir una calleja y bajar la siguiente. En poco tiempo, estamos bañados en sudor.

De golpe, a pesar de lo bien lanzada que iba, la rueda de su bicicleta se frena al atravesar un surco y derrapa. Acelero para intentar atraparla, imaginándola ya hecha trizas abajo del todo, un pequeño amasijo de carne y chatarra, pero ella se vuelca hacia la izquierda sobre un campo de césped en lugar de llegar al fondo de la cuesta. Me detengo a su lado, aterrorizado, pero se está riendo.

Dejo la bici y me abalanzo sobre ella, clavándola en la hierba. Noto que su cuerpo tiembla, de risa o de miedo, no lo sé. Su sudor huele bien. No lleva mucha ropa y noto todos sus huesos y toda su piel desnuda. El efecto es inmediato. Hundo la nariz entre su hombro y su cuello.

Dime que me quieres, le digo.

Ella responde: El día en que le diga te quiero a un hombre, me mato.

Se cruza de brazos mientras me crucifican sus palabras.

No sé si se da cuenta, pero se libera y vuelve a montarse en la bici.

Gracias por el paseo, me dice mientras se va.

Lleva unos vaqueros de tiro bajo que revelan una franja de piel dorada, subrayada en negro por un tanga. El pelo le oculta la espalda. Me gustaría bebérmela entera.

Al volver, los de la banda me someten a un estricto interrogatorio. ¿Qué he hecho? ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha dicho? Al ver mi decepción se burlan de mí. Todo el mundo se la ha tirado menos tú, dicen, sin demasiada maldad. Pero saben que esto no va a cambiar nada y, al final, acaban dejándome en paz. Con mi amada, mi infanta, mi reina.

Nadie entiende que se pueda amar así a los diecisiete años. Estoy hundido en las aguas nocturnas de Eve. Me sumerjo en su visión borrosa. Me ahogo en su barro, en su inocencia. Me importa una mierda lo que sea o lo que haga. Soy el guiño negro por encima del talle de sus vaqueros. Soy el talón redondeado de su pie desnudo en la sandalia. Soy el recuerdo de su risa tan contada, de su fuerza, de su rabia.

No veo más allá. Las frases de mis paredes ya no están escritas en tinta negra, sino blanca, y el bolígrafo se llena y se vacía solo, con un estallido incomparable.

***Ève*:**

El profe me mira con una sonrisa obscena. Es amable, pero traicionero. Sé que está pendiente de mis más mínimos gestos: mis ojos, mi voz, mis silencios. Al menor resquicio, se tirará de cabeza. Ya lo veo venir y lo estoy esperando. Necesito clases de refuerzo. Él me las va a dar.

No hace falta juzgarme. Yo soy mi propia ley. Si vinierais de Troumaron, lo sabríais. Lo único que me mantiene viva es Savita. Cuando salimos, tenemos conversaciones tan íntimas que olemos en el aliento de la otra lo que ha bebido. La cerveza Phoenix tiene un gusto dulce. Un rastro de espuma delinea sus labios púrpuras. Cuando nuestras manos se encuentran, encajan a la perfección. Tenemos la misma forma de movernos, el mismo ritmo. No necesitamos mirarnos para saber lo que está pensando la otra.

Todo empezó un día en que Savita me encontró bajo un árbol en el patio del colegio. Yo no había ido a clase. Debía de haber cogido alguna infección. Estaba temblando, me castañeaban los dientes y tenía frío. Creo que me lo había hecho encima. Me cogió tan de golpe que no pude hacer nada por evitarlo. Mi cuerpo entero derrotado se negaba a funcionar. Se quitó la cazadora y me la puso por encima de los hombros. No dijo nada, ¿qué te pasa?, ¿te han hecho algo? o te lo has buscado, nada. Me ayudó a ponerme de pie y volvimos juntas a casa. Ella olía a especias y a neblina. Yo tenía la cara chupada y bofetones sombreados en las mejillas, como los niños cuando cometen alguna travesura.

Le dije: No quiero volver a mi casa.

Me dijo que no podía llevarme a la suya porque estaban sus padres, pero que se quedaría conmigo hasta que estuviera lista para volver. Nos sentamos junto al arroyo. No pareció darse cuenta del olor agrio que yo desprendía. En algún momento apoyé la cabeza en su regazo y me quedé dormida. Ella se quedó muy quieta. Cuando abrí los ojos, vi sobre mí los suyos desnudos.

¿Qué te pasa?, le pregunté.

Estoy pensando en lo que tienes que aguantar, me dijo.

No es cierto, dije, no tengo que aguantar nada. He elegido mi vida.

Ella respondió: ¿Por eso estás temblando de frío a treinta y cinco grados a la sombra?

Traté de levantarme enfadada, pero me retuvo. No dijo nada más.

Pasó la mano por mi frente. Luego se inclinó hacia delante y me besó.

El gusto de su boca no se parecía en nada al de los hombres. Era tan dulce que cerré los ojos para saborearlo como una tarta de papaya. Lo sorbí con fuerza hasta el fondo de mi boca.

Fuera del alcance de los hombres, nos volvimos alegres, juguetonas por un rato. Un perfume tibio escapaba de su ombligo. Andábamos de puntillas. Era tan extraño. Sonreíamos como dos ahogadas. Bailábamos sobre una cuerda tendida de una a otra.

Por último, volvimos a casa. Cada una por su lado. Pero durante toda la noche, me quedé junto a la ventana, mirando en su dirección, envuelta en su cazadora canela del mismo color que su piel, y sabía que ella estaba haciendo lo mismo.

Nunca me ha hecho preguntas. ¿Qué te queda, después del trueque? Lo sabe. Mi envoltura metálica es imposible de quebrar.

Empiezo a canturrear cada vez que el profesor pasa a mi lado. Le tiembla la mano cuando la pone encima de mi cuaderno. Es tan lamentable. Parece un suicida a punto de hundirse. Tiene los rasgos torcidos. Cuando abre la boca, lo que sale es un croar de rana. Tiene que aclararse la garganta antes de poder hablar. Pierde el control de la clase. Siempre acabo riéndome de él y se da cuenta.

En realidad, me río porque no tengo nada bonito. Todavía no comprendo este poder mío. Tengo el pelo tan áspero que al peinarme todos los cepillos se rompen. A los cepillos les da miedo mi pelo. El resto de mí es una tabla, con algún esbozo de forma y curva fortuita, poco atractiva. Mis facciones están concentradas en el centro de un rostro triangular. Yo creo que parezco un ratón de cómic.

Quizá por eso los hombres me van poniendo trampas en el camino. Quizá por eso voy cayendo en ellas.

Troumaron me quema el vientre y la vejiga.

En el instituto, nos van apartando suavemente. O, más bien, vamos cayendo nosotros solos, uno por uno, a la cuneta. La mayoría solo va porque no tiene nada mejor que hacer, para escapar del aliento agrio del barrio. Los que deciden quedarse son los más brillantes y los más desesperados.

Yo me quedo. Me cuelo a través de las redes. Y salgo sin tamizar.

Pero el esfuerzo me agota. Desde que el jueguecito con el profesor ha comenzado, me siento torpe. Él vende conocimiento. Es peor que los otros. Al menos, eso es lo que pretende hacer, incluso aunque de

momento, por hipocresía o miedo, no se haya atrevido a decírmelo con franqueza. Cada cosa que aprendo me deja una herida en el cuerpo. El saber duele y cuesta caro.

Cuando los demás se dan cuenta de lo que se trae entre manos, se alejan de mí. Les parece divertido. Estoy sola sobre el escenario. Todos los demás son espectadores. Ya empiezo a sentirme desnuda. Cierro los ojos y aprieto los dientes. Juego al juego. Siempre seré aquella a la que miran de lejos, hasta que las manos me encuentran.

Las manos de los hombres toman posesión de ti incluso antes de haberte tocado. Desde el momento en que su pensamiento se dirige a ti, ya te han poseído. Decir que no es un insulto porque significa quitarles lo que ya han tomado.

Como la mano que se introducía por debajo de mi camiseta, exigen que me levante la piel para sobarme los órganos, para que el corazón me deje de latir incluso, tal vez. Sus exigencias no tienen límite. Pronto, no quedará nada más que tomar, pero aun así continúan.

Pero ¿por qué he de dejarles hacer?

Por rota. Por misterio. Para confirmar, con rabia, con saña, con desesperación, lo que todo el mundo piensa ahí fuera.

Para ser. Para llegar a ser. Para no desaparecer ante tus propios ojos. Para salir del cerco de los indolentes, los ociosos, los fracasados, del serrín de las miradas, el plomo de los días, el fio de las horas, la sombra de los vivos, la ausencia de los muertos, la gravilla de los mediocres, el moho, la desnudez, la fealdad, la burla, las risas, los llantos, los instantes, la eternidad, lo leve, lo pesado, el día, la noche, la tarde, el alba, las vírgenes calladas, las diablas desaparecidas.

Nada de eso eres tú.

Salir de todo eso, esquivar a los buscadores, a los seguidores, abandonar la pista, engañar a los perros, cambiar deforma, culminar tu muda, tus metáforas y *tus transformaciones, dejar un rastro plateado que huele a mujer y a las dobleces de la noche, seguir un camino de zarzas que lleva al fondo de los mitos y permite salir de nuevo recuperada, desinfectada de tu piel, caminando ensangrentada por lo rojo de la vida, ser, llegar a ser, no desaparecer.*

Este no es tu sitio, te dices. Seguirás diciéndotelo hasta el fin de los tiempos.

Clélio:

Arde la medianoche. Arde el mediodía. Arde cada instante. Me es imposible parar de arder. Necesito que algo estalle. De pie en la azotea, canto a voz en grito, canto blues seguido de rap seguido de rock y *séga*, pero las nubes acallan mi voz, me da igual, siempre me viene una canción nueva a la boca, *krapo kriye*, soy un sapo, chillo al alba y al anochecer y con la voz ronca a fuerza de gritar, de pie en la azotea de mi edificio, me doy cuenta de que grito para reunir la fuerza de saltar y porque la canción dice que la madre duerme con los ojos abiertos y es esclava del padre y el padre es esclavo del patrón, y que, en ese caso, la madre es esclava de otro esclavo y eso es peor que todo lo demás, ¿cómo luchar por el esclavo de otro esclavo?

Y yo, ¿qué soy? No soy un esclavo, eso seguro, incluso aunque en algún lugar de mi linaje haya habido un hombre y una mujer encadenados que me miraban a través del tiempo diciéndome: tú vas a ser libre. No soy un esclavo, pero me da la impresión de que, a mi alrededor, es lo único que hay. Dar un paso adelante, cruzar un umbral, volver la espalda, eso aquí nadie es capaz de hacerlo. Porque ellos mismos han forjado sus cadenas se creen libres.

De todas maneras, ¿adonde lleva dar un paso adelante? Al fin de la isla, que es el fin del mundo. No podemos marcharnos. Solo podemos escapar volando. Solo nos liberaremos con la muerte. Voy a liberar a todos mis amigos antes de liberarme yo mismo.

Tú, Cario, elegiste marcharte mucho antes. Dices que estás en Francia, es tu voz la que escucho al teléfono, pero no es cierto. No es tu voz. Es la de un impostor que intenta pronunciar las «r», cuando aquí no las pronunciamos. Un impostor que finge ser francés, cuando todo en ti dice que eres mauriciano. Un impostor que se pone a hablar de su Renault Clio verde botella cuando yo sé que solo te gustan los coches japoneses, siempre decías que eran los mejores del mundo. Un impostor que esquiva mis preguntas a pesar de que me juraste que nada nos separaría, que allá donde fueras, me llevarías contigo.

No, esa traición te convierte en otro. No eres Cario. Cojo una navaja y me grabo tu nombre en el muslo, Cario. Ahora que mi sangre ha deletreado tu nombre, estás en mí y yo en ti.

Somos dos. Ese que está ahí hablando como si hubiera perdido la memoria es un farsante.

El sapo grita en el tejado. Está anunciando la noche.

Grita, grita y grita. La sangre de Cario gotea. Si extiendo los brazos, ¿saldré volando?

Decidme, vosotros que sabéis.

Ève:

Me ofrece su ayuda, por supuesto. Forma parte de la transacción. Empieza a regalarme libros, corrige mis redacciones con más cuidado. Incluso aunque en clase se esfuerza por no prestarme más atención que a los demás, por no mirarme por el rabillo inquieto y lechoso del ojo, todo el mundo se da cuenta enseguida. El olor de un hombre en los alrededores de la mujer que codicia no engaña. Su paso brusco hacia ella tampoco.

Dice que me dará clases de refuerzo. Que le espere después de clase en el aula de biología, de la que tiene llaves.

Después de clase, cuando todo el mundo se va, yo me quedo en mi sitio. La luz cruda de todas las miradas se clava en mí. Me arden los ojos a fuerza de no pestañear.

Su cacería ha sido ridicula. Se ve que no tiene experiencia. Le han hecho falta semanas para atreverse a decirme que me quedara después de clase. Se sorprende de que acepte tan rápido, con tanta frialdad. ¿Cómo puede ser tan sencillo? Se pregunta si habré entendido bien sus intenciones.

Me tiende la llave y me dice que vaya al aula de biología, que él llegará enseguida. Imagino que va al baño a recuperar su coraje perdido. Quizás a refrescarse la piel caliente con agua fría. O al coche a coger preservativos, no lo sé. Yo me dirijo a la salita, que huele a azufre y formol. Mis pasos repiquetean por el suelo de vinilo del pasillo, rayado por miles de pies. Por las ventanas polvorientas, pasa un reflejo huyendo. No me da tiempo de ver si soy yo.

Ha cuidado la puesta en escena. La mesa se encuentra al fondo de la sala, contra la pared, en penumbra. Nos sentaremos uno al lado del otro. Yo quedaré arrinconada contra pared. El escritorio es amplio y sólido. Las mesas de laboratorio están distribuidas a lo largo de las paredes. De golpe, la función de la sala ha cambiado.

Cuando entra y se sienta a mi lado, veo que no ha ido a refrescarse. Todavía está sudando de deseo. Aún masculla palabras de incertidumbre. Abre un libro cualquiera, trata de comentar un tema conmigo. Tiene intención de continuar con el numerito hasta estar seguro de que no voy a precipitarme fuera de la sala gritando.

Empieza a hacerme preguntas y no se da cuenta de que contesto mal a propósito. Me hace sonreír.

Al verme sonreír, aprovecha por fin su oportunidad y me mira directamente de frente, me coge el rostro entre las manos, su boca se enreda al buscar la mía, en su urgencia no es capaz de encontrar el objetivo.

Te quiero, te quiero, me dice, incoherente de puro deseo. Es tan torpe que casi me siento ofendida. ¿Acaso piensa que voy a creerle? Tiene la lengua en mi oreja. Las palabras se agolpan alrededor de su denso toqueteo. La humedad, el aliento cálido, el tanteo, realmente todo me repugna. Tengo ganas de empujarlo, pero estoy arrinconada contra la pared, su mano se pasea por mi cuerpo y le escucho murmurar, no llevas sujetador, y luego no dice nada más, se afana, chapotea y se ahoga.

Le dejo hacer.

No consigue desvestirme, tengo que hacerlo yo por él. Se libera y trata de penetrarme. Me va dando golpes en la cabeza contra la pared, pero lo único que alcanzo a sentir es cansancio. Se pierde en mi cuerpo. El suyo es flaco en algunas partes, blando en otras. Lo observo. Veo un círculo de calvicie incipiente en el centro de su cabeza. Como es tan alto, normalmente no se ve que está perdiendo el pelo. Me da la impresión de saber cosas de él que lo definen en unas pocas palabras y que lo destruyen.

El asco que sentía al principio ha desaparecido. Las cosas vuelven a volverse banales. Como de costumbre, ya no siento nada. Se ensaña. No llega. Haz algo, me suplica. Me encojo de hombros y acepto.

Mientras me agarra por el pelo, pienso que me habría gustado fumarme un cigarro.

Un cigarrillo para enmascarar la amargura de la boca. Con los ojos abiertos, te abres. Diecisiete años y no sueñas con nada. Excepto con continuar así, caminando al lado de ti misma, huyendo de tus reflejos.

Diecisiete años y crees saberlo todo. Tu rostro se ha vuelto de piedra y tus manos están agotadas.

Ève:

Cuando paso bajo los mangos, me saludan con confianza, como si me reconocieran. Creo que me parezco a muchas cosas, orgánicas, minerales, cosas de pieles extrañas, pero no me parezco a una mujer. Solo al reflejo de una mujer. Al eco de una mujer. A la idea deformada que se tiene de una mujer.

En los escaparates, en los espejos, en los ojos ajenos, aparece mi rostro siempre a la fuga. No quiero que me capturen el alma. Seré todo, menos un alma cautiva. Menos un pájaro de alas cortadas. Si me cruzo con mi propia mirada, me deja helada, me espanta. No me gusta ser tan hostil.

Un día, mañana, más tarde: nada.

En casa, jugamos a las evasivas. Se trata de ver a quién se le da mejor no hacer las preguntas que hay que hacer. Me ven y no me ven. Un aroma a mentira me asalta desde el momento en que franqueo la puerta.

Cada día voy contando los pasos que doy antes de llegar a mi casa. O, más bien, a su casa, porque ese lugar no es mío. No he elegido vivir ahí. Yo no he elegido nada de nada, ni siquiera nacer. Quisiera una tierra desconocida, con un mar que la lamiera al fondo del todo, y una única casuarina deforme y mustia como un viejo encogido por el viento, y yo sentada en la casuarina, sin hacer ni decir nada. A veces, subo hasta las ramas más altas del árbol y miro a lo lejos. A lo lejos no hay nada. Solo mar y más mar. El movimiento incesante del mar y su dulce murmullo. Parece que acunara la tierra. Se despierta una luna. Me acurruco al pie de la casuarina y me duermo. Quizá ya no me despierte.

Sobre mi cuna no pendió ningún hada. Creo que, nada más abrir los ojos, vi mi vida frente a mí: una explanada de piedra, barrotes en los ojos, una mordaza en la boca y metal en el corazón. Fue esa imagen la que me llevó a pronunciar, abriendo bien la boca, esa palabra fundamental: no.

Lo enmascaro todo y camino sobre las brasas, que no se note nada. Les dejo creer que soy de usar y tirar. Les dejo creer que no soy más que un cuerpo, ese cuerpo ante el que se estremecen al desvestirlo.

Un cuerpo tan frágil, tan flaco, tan quebradizo; un cuerpo para amar y destruir. Eso es lo que hacen.

Savita y yo nos divertimos imaginando otros yoes nacidos en el lugar correcto, en familias donde la derrota no viene inscrita en las líneas de la mano o en las rodillas dobladas. Seríamos médicas o abogadas y nos dedicaríamos a cuidar y defender a los débiles y necesitados. No abandonaríamos a nadie a su soledad. Solemos tener ese tipo de sueños estúpidos. Pero, cuando esas otras chicas se convierten en médicas y abogadas, ¿olvidan su pasado? ¿Se niegan a abrir las puertas tras las que se atrincheran?

Savita me hace cosquillas en los dedos. Yo le lamo la planta de los pies. Tenemos la misma piel, completamente lisa, sobre la cual la mano se esfuma. Las partes más suaves son el hueco de la espalda y el interior del muslo. Cuando nos acariciamos ahí, el tiempo se detiene. Apoyo la cabeza en su vientre y escucho el canto de sus órganos. Un rumor indefinido, un hambre, unas ganas, no sé, quizá es simplemente el intestino haciendo su trabajo. No necesitamos hablar tanto. Sabemos escuchar nuestros silencios.

Savita:

El silencio de Eve es el mismo que crepita al fondo del volcan. Me apena verla tan frágil, que ella se crea tan fuerte. Cuando está seria, su rostro parece el de un niño sorprendido en mitad del sueño, con lucecitas que le hormiguean en los ojos. Aunque escasa, su risa es como un huracán. Acercarse a Eve significa quedar atrapada entre sus dientes.

Antes de conocerla, miraba las cosas de lejos, nada me interesaba.

Aquel día, yo debía irme. Debía coger una mochila y caminar todo recto, partir sin mirar atrás. Estaba harta de ver gimotear a mis padres. De que toda la responsabilidad de sacarnos de allí, de ayudar a mi hermana pequeña, de dar buen ejemplo, recayera en mí. Vivíamos en Troumaron como apartados, refugiados entre los refugiados. Vivíamos allí fingiendo estar en otro lado, ser otra cosa, negando la evidencia de todo lo que nos hacía similares a los demás. En desacuerdo con nosotros mismos.

Había decidido dejar para siempre a Savita, la niña buena. No sabía adonde ¡ría. Pero de lo que yo quería huir no era Troumaron. Era mi familia. Troumaron era mi sitio, mi pena y mi anclaje. No conocía nada más. Me había criado aquí. Pero en los ojos de mis padres, veía otra Savita, una chica obediente, trabajadora, una triunfadora. Estaba obligada a parecerme a esa imagen. No podía más. Esa no era yo.

Y entonces, en el instituto, me topé con una Eve naufragada, con el rostro ahogado, no por las lágrimas, sino por las sombras del árbol bajo el que se había echado. Vi la cerca que la acorralaba por todas partes. Vi las miradas de los otros alumnos, taimadas y esquivas. Una soledad tan grande que nada la diferenciaba de la muerte.

Lo más terrorífico es que tuve la impresión de que ella era yo.

Me fallaron las fuerzas. Su tristeza me dejó clavada en el sitio. Por la puerta abierta de sus costados se escapaba la vida. Tuve que consolarla, tomarla en brazos como una madre o un amante, y hacerle olvidar, aunque fuera brevemente, por qué estaba temblando.

Sad:

Milagro de mis días. Los flamboyanes están en flor. Miles de labios rojos se abren a la vez después de haberse cebado. Los árboles de lichi van desapareciendo bajo sus frutos. Hay una explosión de colores casi indecente, como si unos postigos se hubieran abierto y se atisbara en el interior un cuerpo de luz desnuda.

Donde sea que mires, los mismos colores te saltan a los ojos. Te da un vuelco el corazón. Incluso aquí, incluso aquí en el barrio de cemento, llega el verano. Un arbusto vira al azul petróleo. Por un tiempo breve, la hierba reverdece antes de volver al amarillo. Las mujeres compiten en los balcones por sus minúsculas macetas de flores. Cantan, desembarazadas del peso en el estómago. Por la noche, se distingue el olor a fruta del olor a basura. Durante un período muy corto, gana el de la fruta.

El verano nos adormila en sus comienzos, antes de que el calor renueve la llamada del vertedero y vuelva a agitar nuestras sombras, a remover nuestros sedimentos dormidos.

Yo, con la ventana abierta a todo lo que pueda alborotar la noche, pienso otra vez en ella. La sonoridad de sus ojos, su cuerpo que contradice y alimenta las fantasías. El tipo de cuerpo que podría desaparecer entero dentro de uno. Que se podría comer. El tipo de cuerpo que podría doblarse en todas las posiciones posibles hasta alcanzar recovecos imposibles. Y que, de los dedos de los pies a las puntas del cabello, sería una perdición. Sus dedos tendrían el sabor del longan. Su pelo, un perfume a algas y a noche. Su sexo, el olor bulboso de las flores de franchipán y la tibieza casi podrida de los manglares.

Ah, viajo, no paro de viajar. La imagino con otros, con todos los otros. Me excito todavía más. Estoy celoso, pero, a la vez, sé que soy el único que la quiere. Me está esperando. Lo sé. Lo siento.

Soy *joven: tiéndame la mano.*

Sí, el poeta decía eso a los diecisiete años, por exceso de esperanza. Por exceso de fe, por exceso de promesas. Él tenía su escritura. Y luego un día, dejó de lado ese don que pesaba demasiado. Yo quiero las dos cosas: la escritura y Eve, Eve y la escritura. No quiero una sin

la otra. Solo, no soy nada. Ellas son la fruta que me llena, la semilla de la que germinan otras semillas y multiplica mi voz como un baniano que no cesa de ganar terreno.

Sé que, por el momento, no soy capaz de crear. Lo que hago no es más que una copia. Mi voz no es mía. Esta lengua no es mía. Ni siquiera sé para quién hablo.

Pero este cuarto ha acabado por convertirse en algo auténtico. Releo los disparates que cubren mis paredes, en tinta negra y blanca, y pienso que en verdad estoy creando algo, aunque sea con las palabras de otros. Era un niño que balbuceaba palabras. Me estoy convirtiendo en un hombre capaz de domesticarlas. Por supuesto, el día en que abran la puerta, no entenderán nada, no comprenderán lo que se dibuja bajo el punzón y la violencia de las palabras. Pero me consuela haberlo puesto todo ahí. He dejado constancia. No sé qué valor tiene, pero he hecho algo. No me he quedado inmóvil desvaneciéndome hasta la muerte. Me inscribo, en lugar de borrarme. Me he construido un puente hacia un chaval que tenía también su propia rabia en el pecho, aunque nunca sabrá de mí. Me dice:

La estrella ha llorado rosa en el corazón de tus orejas, el infinito rodado blanco de tu nuca a tus riñones y *el hombre sangrado negro en tu costado soberano.*

Soy joven: tiéndame la mano[4].

Amo a una chica con el cuerpo pisoteado. Pero el día que esté dentro de ella, borraré todas sus marcas: será nueva.

Soy joven: amo.

Ella es el sol metido en mi cuerpo. Es la urgencia de lo que escribo. Un retrato de Eve en los ecos de mi cuarto. Frases que la dibujan, que la nombran. Yo amo.

Confío en mis posibilidades. Sí, incluso aquí, rodando cuesta abajo por nuestras propias pendientes. Una palabra la describió para mí el día que bajamos en bicicleta desde la Reina de la Paz. Aquel día, en el momento en que me dijo que nunca diría te quiero, vi la palabra que la describía, una palabra cargada de resonancias y a la vez extraña en estos parajes: la gracia. Si esa gracia forma parte de mis posibilidades, pensé, puedo con todo.

Port Louis me miraba con otra cara. Port Louis, la negra, la vil, Port Louis, desfigurada por formas grotescas, Port Louis, la infranqueable en sus mareas humanas, parecía haberse puesto a hacerme ojitos. Las palomas negras que rematan todos sus tejados aceptaron descifrar para mí su estado de ánimo. La ciudad me decía: si hay instantes como este y rostros como el suyo, entonces, aunque solo sea por eso, tendrías que amarme.

Lo sé, no soy más que una imitación. Pero ha entrado en mi

interior una gota azul. La convierto en la tinta de un chaval negro que va destrozando muros. Las palabras de esta historia que leéis en mis paredes no se irán hasta que hayan desaparecido todos los edificios nacidos de la caladura de los ciclones.

A veces, cuando el viento viene de la montaña de Signaux, cuando veo los fuegos que arden a sus costados, fuegos de maleza, fuegos de desechos, pienso que en el fondo hay belleza, también aquí, y entonces algo crepitante enciende un fuego en mi propia maleza.

Olvido lo que soy, de dónde vengo. El viento de la montaña borra el nombre de Troumaron de mi boca y de mi memoria.

Tengo ganas de irme y de quedarme. Entre ambos, sigo inmóvil. Pero mi cuerpo no para de remar en nuestro charco de sueños, a merced de Eve.

Clélio:

La fábrica huele a aceite de motor, a basura podrida, a sandalias de felpa abandonadas, a cuerpos malgastados. A veces vengo aquí solo, simplemente para ver cómo la vida miente a los pobres. Es bueno para la salud. Mi madre, cuando tuvo trabajo en la fábrica, creyó que todo había cambiado. Con su primer sueldo, me compró unas zapatillas Nike, creyó que me gustarían, no se había dado cuenta de que zapatillas Nike ya tenía muchas, de que teníamos nuestros trucos para conseguir todas esas cosillas inútiles, yo no necesitaba nada, necesitaba una guía, necesitaba una razón.

Después, semana tras semana, algo en ella fue cambiando. La fábrica empezó a ganar terreno y se clavó en el centro de nuestras vidas. Para entonces, lo que mi madre traía eran jerséis defectuosos. La próxima vez que vea un jersey Ralph Lauren con una manga más corta que la otra, voy a cortarlo en trocitos y a dárselo de comer a ese señor que nos ha convertido en seres tullidos. Aunque en nuestro caso no se trata de las mangas. Son los brazos, las piernas o los ojos los que están desparejados. Somos un garabato humano.

Mi madre se fue volviendo más pequeña, más gris. Ya no veía el sol. Al final de la jornada, cuando llegaba a casa, era como una mala fotocopia de sí misma. Como si le hubieran pasado una goma de borrar por la cara. Mi padre, sentado en la butaca, siempre la estaba esperando. Se pasaba el día esperándola, como un viejo, con sus ojos de niño perdido, pero todo lo que se le ocurría decirle al llegar era, ¿has traído algo de comer? No era capaz de decirle otra cosa. Me daban ganas de estrangularlo cuando decía eso. Déjala que se siente, que se quite los zapatos, que beba un poco de agua, pedazo de imbécil, tenía ganas de decirle, y hazte tú tu propia comida. O dile que te has pasado el día ante la ventana acechando su sombra.

Tenía ojeras profundas como la cripta de la iglesia Père Laval, había que descender al fondo del todo para verle los ojos. Se le empezó a caer el pelo como si fuera de hilo. Creo que no comía lo suficiente. Tenía las manos como la superficie de la luna: llenas de cráteres.

Después, trajeron a trabajadoras chinas que trabajaban rápido y

bien sin quejarse. O quizá se estaban quejando en su idioma y nadie las entendía. Les dijeron a las mauricianas que tenían que hacer lo mismo si querían conservar el trabajo. Despidieron a algunas. Mi madre aguantó. Mi madre no se da por vencida. Es una luchadora, como yo. Bueno, no exactamente igual, pero casi. Pero al final también la echaron, cuando la fábrica cerró porque, con todo, seguía costando demasiado caro producir aquí los jerséis y las camisas. Mi padre dijo que, entre los gigantes estadounidenses y los chinos, nuestro país era una hormiguita a la que ni al pisarla le hacían caso. ¿Tú te lo pensarías dos veces antes de pisar una hormiga?, preguntaba. Pues para ellos es lo mismo. No es injusto, es la lógica económica.

A veces, mi padre es menos tonto de lo que parece.

Me habría gustado que Cario nos enviase un poco de dinero, nos ayudase, vaya, aunque no quiera volver. Pero no envía nada. Llama a mamá y a ella se le ilumina la cara como si se la hubieran decorado para Navidad. Me da mucha rabia que se le ilumine la cara por el impostor de Cario, que se crea todas sus mentiras, que me diga, *II pu fer mwa vinn kot li en Frans, Io ena enn zoli lakaz ek dis lasam*, ya, yo nunca he oído hablar de nadie de Troumaron que tuviera una casa de diez habitaciones en Francia y que llevara diez años prometiéndole a su madre que la llevaría y nunca lo haya hecho.

Yo a Cario lo he tachado. Al impostor, quiero decir. El auténtico sigue aquí, junto a mí. Nos sentamos en el tejado y nos reímos, nos contamos historias, como antes, es mi hermano mayor, perfecto, y cuando él está ahí no me asusta nada.

Esta tarde, he traído la guitarra. Con el último sol que me nubla la mente, me tumbo y me coloco la guitarra encima, empiezo a tocar perezosamente. Voy cantando canciones inventadas, pero no canto para los demás. Cario, si estuviera aquí, lo entendería.

Ki to pe atann? Personn. Ki lavi finn donn twa? Nayen. Komye dimunn inn fer tiva promes? Zot tu. Komye dimunn inn gard zot parol? Okenn. Dimunn pa gard parol, zot zis kass to leker, pa bizin per, fer kuma zot, kas zot leker, pas to simin, pa krwar nayen. Pa krwar nayen, to pa pu sufer. Pa krwar nayen to pa pu sufer.

No creo en nada. Pero aun así sufro.

Savita:

Después de clase, me dice: tengo que irme. Intento disuadirla, pero se encierra en sí misma, como hace siempre en momentos como este: he ido un paso demasiado lejos.

Ève la inflexible, así te llamo.

Muchas veces te he acompañado. Muchas veces te he llevado de vuelta a casa. Parece que siempre estoy ahí en el momento justo para recogerte. Pero es porque estoy siempre escuchando. Tú no me llamarás nunca. Y yo te oiré de todas formas.

Pero verte huir de tal manera me pone triste. Puedes decir que no si quieres. ¿Por qué siempre entregarte a ellos? ¿Por qué relacionarte con ellos? No lo entiendo.

Me gustaría protegerte. Me gustaría impedir que te sigas perdiendo. Me gustaría ser la que te salva de ti misma.

A veces, se te quiebra la voz. A veces, se me quiebran los ojos de verte. Nadie es inocente y culpo al mundo entero.

Daría mi vida por ti.

Parece tan sencillo. Solo tú comprenderás lo que eso significa. Lo que hay de milagro y de pena en esas palabras.

Sentada en el balcón, miro hacia ti. Aquí, no hay nada mío excepto tú. Oigo la impaciencia de mi padre, esperando a que se abra para él el cofre del tesoro. Oigo la incredulidad de mi madre, que le escucha fantasear y lo desprecia. Trato de escucharme a mí misma, pero no oigo nada más que el aire que entra y sale de mis pulmones. El automatismo del cuerpo. Y la ausencia de una vida.

Mi mochila sigue en el armario, todavía llena, esperando todavía a que me decida a partir.

El olor de la comida me hace pensar que estás hambrienta aunque no lo sepas, tú, que para comer ya solo picoteas cítricos.

¿No te parece que tengo cara de ratón?, me preguntaste un día.

Beso tu cara de ratón. Eres la belleza del mundo, el mundo iluminado.

Ève:

El agua se precipita, se escapa, se dispersa. Trasiega mil recuerdos y mil cartas devueltas. Los papeles, las cajas, la vajilla rota, el olor a moridera. La vida del barrio se ve arrastrada por las aguas del arroyo, que se ensancha y desborda sus márgenes.

Estoy esperando a que el arroyo se calme para poder volver. No quiero ver a nadie. Que descienda la noche y desaparezca todo, incluido el roce con la gente y la forma de las cosas.

El otro día, desde el despacho al que me llamaron, observé la ciudad y la vi como el día en que subí con Sad al monumento de la Reina de la Paz. Pálida y dormida. Desde allí arriba, se mitiga todo. Los filos aparecen limados, las heridas, remendadas. El despacho con aire climatizado, atemperado por el suelo de moqueta, huele a cuero nuevo. Los sillones dan ganas de acurrucarse. Se ve el reflejo de un gran cuadro de Chazal en la ventana. Me guiña un ojo. Lo reconozco. Un profe nos habló de él. En sus dodos panzones y sus flores risueñas he visto sueños de infancia olvidados hace mucho tiempo.

Podría haber dormido aquí, a cubierto en esta burbuja que niega la realidad. Podría haber dormido entre la extrañeza del cuero y el silbido del aire acondicionado y la luz sin textura ni tesitura. Habría dormido en este lugar blanco, protegida del sol y de los gritos. En esta penumbra, no del día, sino de los sentidos, me siento bien. Pero sé que, si duermo aquí, me despertaré con el corazón de hielo. El cuerpo aterido por la ausencia de vida. Quizá es eso lo que el hombre al otro lado del escritorio, que bebe un whisky tras otro, está tratando de exorcizar conmigo. Necesita un cuerpo que lo descongele. Necesita una vida para pensarse vivo. Lo comprendo: ha luchado tanto por llegar adonde está que, una vez ahí, ya no sabe lo que quiere. Se ha construido una vida, pero él no tiene un lugar en ella.

Mira a la chica de los ojos de niña, de pie frente a la ventana. No tengo prisa. Espero. Observo. Observaría toda la noche si me dejara aquí. La ciudad, la negrura, la pérdida.

Aquí no va a encontrar lo que está buscando, tengo ganas de decirle. Pero oigo cómo me responde: tú tampoco.

Estás tranquila. Tienes el cabello salpicado de negro. La expresión, grave. Le han hablado de ti. Le han dicho: no es como el resto. Se da cuenta de que es verdad. Le han dicho: hace de todo. Todavía no sabe si es verdad. No preguntas nada. Eres sobria e hipnotizante, eso es lo que piensa de ti. Pero también le han hablado de lo que te han hecho. De las fiestas en las que estabas sola y ellos eran muchos. Cómo una mañana te dejaron casi muerta cerca de tu barrio.

No hay nada malo en imaginárselo. Tus huesos son tan finos.

¿Qué quieres? ¿Qué estás buscando?

En el mismo momento en que te giras, él se levanta quitándose el cinturón.

***Ève*:**

El arroyo se va calmando. Yo también. Un día, unos hombres a los que el alcohol y mi cuerpo habían enloquecido me dejaron aquí. No me habían llevado a un despacho con aire acondicionado, sino a una isla en las inmediaciones de la isla, una isla de vientos, pájaros, zarzales y serpientes.

Estuvieron bebiendo y la luna se les subió a la cabeza. Hicieron una especie de danza a mi alrededor, se quitaron la ropa, parecían pájaros torpes y pesados sobre sus patas flacas. Cuando se abalanzaron sobre mí, vi que yo era algo extraño a sus ojos. Lo extraño se destruye. Luego, como un saco de arena, se transporta al barco para que el agua lo lave.

El saco, cuando se despierta, mira el cielo denso de estrellas y se dice: es la última vez.

Pero los hombres me siguen buscando y la vida me arrastra y soy tan indiferente a mí misma que continúo haciéndolo.

Estoy tratando de comprender dónde se halla el fondo de la vida. De qué color es. A qué se parece el punto de no retorno que me dirá por fin qué soy.

Sigo avanzando. Un paso tras otro, pero siempre el mismo paso, repetido hasta el infinito. Pisada fija sobre lo mismo, sin más fin que ser su propia contradicción.

Estas pisadas estancadas se cruzan con las de otras chicas, otras mujeres, otros chicos, otros hombres. Algunos aprietan el paso con la cabeza gacha. Otros retroceden. Todos se alejan, me van dejando sola.

Mi cuerpo se desmigaja entre ondas contrarias, en mitad de un tumulto de vientos.

Ellos corren para escapar, tragándose la crudeza de su destino. Yo sigo flotando.

Por el hueco de la ventana, nadie me responde. Me habría gustado comprender qué me acecha, qué me guía. Cuál es el origen de este rechazo. Qué es lo que ha sembrado en mí la negativa.

La directora del instituto me dijo: Tienes que conseguirlo. Luego, añadió en inglés: *You owe it to yourself*. Y, por fin, en criollo: *Pa gaspiy*

u law. Me dijo lo mismo en tres idiomas. Que soy responsable. Que debo olvidar adonde vuelvo por las noches y que las cucarachas siguen mi mismo camino, y que es un camino de lisiados. De fragmentos de cuerpos, de brazos, de piernas, de ojos. De gente reducida a lo más invisible de sí misma. En el trayecto me siguen miradas inquisitivas y borrosas, que parecen preguntar: ¿Quién eres, tú que andas con esos ojos que no esperan nada?

No me comprenden, desacostumbradas como están a la vida, se van deslizando y desapareciendo entre los pliegues del barrio.

La basura martillea el camino como si fuera granalla. Las roderas parecen abiertas a fuego de mortero. En la tele, se oye hablar de guerra. Pero aquí, tengo la impresión de vivir en estado de sitio. Estamos en guerra, sí, contra nosotros mismos y contra esos organismos parasitarios que nos pasan por los costados.

Pero no es solo la ciudad. El mundo entero le hace la guerra a todo el que titubea, a todo el que no marcha al paso del conquistador. Sus ritmos lejanos no son para nosotros. Más vale nacer ciega para no tener que ver la ira en sus ojos. Cada cual lustra sus armas. Todo el mundo nace con esta carne desnuda y disponible. Después, cada uno se fabrica su armadura de espinas, su arañazo de zarzas. Pero el patrimonio de los sexos no es el mismo. No nacemos con la misma carga.

¿Qué dan los hombres a cambio de su cuerpo? Su cuerpo no se da: toma. Se cuidan bien. Protegen sus sombras. Nosotras somos mariposas robadas, aun en lo más alto de nuestra bravuconería, aun en lo más alto de nuestro agravio. Somos cuerpos robados.

Los días se suceden. Savita intenta retenerme, abrazarme, arrancarme de mí misma, pero es demasiado tarde. Ya comienza a parecerse a un dulce recuerdo. Sé que ella no me seguirá, allá donde voy.

Cuando le digo: me quedo en el instituto después de clase, me mira y no contesta. Con el peso de todo lo que no es capaz de decir, con el corazón desfallecido.

Un día me dijo: te espero.

Y desde entonces, todas las veces, me espera, tal y como me estará esperando esta noche.

Sad:

Se deslizan por entre los muros de los edificios como dos fantasmitas dispuestos a burlarse de nosotros. Hacen su bailecito a la vista de todo el mundo como si nadie fuera a darse cuenta de nada. Podrían parecer casi virginales, estas dos, si sus gestos no tuvieran una lentitud que habla más de la noche que del pleno día. Podría imaginármelas como dos castas sacerdotisas, si fuera yo su divinidad. Vestidas enteras de blanco, sus velos ocultarían apenas su corazón blando, su cintura al aire, sus nalgas color canela.

Pero son como las dos manos de un cuerpo. No les hace falta una tercera. Pueden hacer lo que quieran, cuando quieran. En sus sonrisas no hace falta ningún chico. Con los ojos, se encadenan la una a la otra. Nosotros somos invisibles.

La cosa ya empieza a irritar a los de la banda. Noto que algo ha cambiado en ellos, que hasta ahora habían tolerado las extravagancias de Eve, el encanto distante de Savita, e incluso lo que las había unido en un principio. Pero ya no tienen ganas de que les sigan contoneando esos cuerpos femeninos en las narices sin ofrecerles ni un pedazo. Eve va de hombre en hombre, pero cuando está con Savita, no piensa más en eso. No somos vuestras, dicen. Nunca lo seremos. Se van abriendo paso de puntillas, con un serpenteo. Mientras, los chicos fuman con brío sus cigarrillos, que encienden un destello funesto en sus ojos. Kenny murmura: habría que ir dándoles una lección a esas dos. Los demás, sin nada mejor que hacer, se animan. Sí, ¿a qué están jugando? Un jueguecito de chicas, pero está claro que no saben lo que les espera, esas dos guarras.

Así hablan.

Me esfuerzo por calmarlos, por que piensen en otra cosa. Tengo que usar toda mi imaginación para encontrar con qué distraerlos. Le digo a Clélio, eh, Clélio, el coche del que pillaste la matrícula, te acuerdas, he conseguido la dirección, mi tío trabaja en el registro. Pero Clélio está en su mundo, se muerde las uñas hasta dejarlas en carne viva y luego se pone a morderse la carne, no tiene tiempo para escucharme. Los demás, en cambio, están a favor: vamos a pincharle las ruedas al monstruo 4 × 4, dicen. Le rompemos las ventanas y

espantamos a la señorita.

Nadie tiene tantas ganas de ir, pero cuando estás en una banda, hay que olvidar que eres una persona, hay que formar parte del cuerpo caliente, movedizo y poderoso que nadie puede parar. Cuando te pones en marcha, vas hasta el final.

Clélio no quiere venir.

Déjalo, dice Kenny, ya está en su movida.

No lo vamos a dejar solo, digo yo.

Dejadme solo, dice Clélio, que va a terminar arrancándose la piel muerta de la planta de los pies.

Lo dejo, porque me interesa alejarlos de Savita y Ève. Quiero desviar su atención.

Abandonamos el barrio a la cólera fácil de Clélio.

Ève:

Savita y yo nos hemos separado delante de mi casa. No entré directamente, como suelo hacer. Esta noche, más que nunca, todo esto me está afectando. El profesor me desconcierta. A su modo reptiliano, parece que de verdad está enamorado de mí, al menos hasta donde un hombre pueda saber querer. Pasa largo rato mirándome y suspirando y luego, de golpe, se entrega a un arranque de violencia que no consigue inmutarme siquiera.

Esta noche, ha sucedido algo raro. Nunca me había pasado antes.

En el momento en que se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, pareció conmovido, como si fuera a ponerse a llorar. No soy capaz de interpretarlo. Creo que no quiere solo mi cuerpo, como los otros. Creo que tiene también ganas de mí, del yo que hay al fondo del todo, la parte blanda recubierta por una costra de frialdad. Me da la impresión de que eso es lo que busca cuando hunde las manos en mí. Para buscar donde me duele que me toquen. También puede ser que solo quiera ver mi expresión de dolor, y nada más. Quizá no es más que un hombre como son hombres todos los demás.

Por suerte, como siempre, Savita me está esperando en la puerta del instituto. Al verla, me olvido de lo que acaba de pasar. Al verla, veo el tiempo que tengo por delante y cierro la puerta a lo que me disloca.

Esta noche, pienso en Savita, que me salva de mí misma.

Savita:

Esta noche, tengo miedo. Volvemos juntas, pero después de lo que he visto, no puedo parar de temblar. Ella, sin embargo, parece tranquila, distanciada de todo, a pesar de sus muslos enrojecidos.

Me siento débil y mareada. Me cuesta caminar. El aire parece embarrado. Hace tanto calor que tengo todo el cuerpo pegajoso. Ya no soy yo quien le sirve de apoyo, sino ella quien me guía. Vuelvo a pensar en lo que acabo de ver en el aula. Yo no quería mirar. Pero como tardaba tanto en salir, pensé que quizá ya se había ido. Subí y la puerta no estaba del todo cerrada.

Creo que él me vio o notó mi presencia. Ella no. Ella estaba ida. Me aparté. Volví a bajar para esperarla. Cuando llegó, supe por sus ojos que no se había dado cuenta de que la había visto. Me tomó por el brazo, como de costumbre. Miré hacia arriba. Había alguien mirándonos desde lo alto. Esa mirada se introdujo dentro de mí. Sentí que me mordía.

Intenté darme prisa, pero me pesaban los pies. Al oírme jadear, me dijo: ¿qué pasa? Pero, como siempre, esas noches tan solo está presente a medias. La otra mitad está en otro lugar. La otra mitad está intentando volver a unirse y resolverse.

Tengo que hablar con ella. Debemos irnos de aquí, escaparnos. Los chicos del barrio se están convirtiendo en hombres, con sus odios de hombres. Pronto nos harán algo. No van a aguantar vernos a nosotras dos juntas. Ella no les presta atención. Yo sí. Veo cómo va creciendo la ira. Veo cómo el calor les va fermentando los ánimos. Debemos irnos.

Pero ¿cómo huir cuando una se siente tan pesada? Me cuesta caminar. Me cuesta respirar. La tierra se me ha enganchado a los pies. Tengo los pies hundidos en la lava. Dentro de poco, ya no podré moverme. El volcán va a desgarrarme en pedazos.

Prométeme que vas a recoger mis pedazos, Eve, digo.

¿Qué estás diciendo?, pregunta ella.

No sé.

Me rodea con un brazo.

Mi Savita querida, dice, no solo recogeré tus pedazos, sino que me los comeré para que estén siempre dentro de mí.

Hago un esfuerzo por bromear: ¡Ya sabía yo que eras caníbal!

Me mordió el hombro con suavidad. Me habría gustado que me dejara la marca de los dientes en la piel. Ese será mi único recuerdo de ella.

Cuando nos separamos, me doy cuenta de que estoy llorando, sin saber por qué. Nuestras casas no están lejos la una de la otra. La dejo en la puerta de su piso. Solo tengo que pasar por delante de los cubos de la basura y estaré en casa. Pero en la oscuridad, da la impresión de ser un camino muy largo. Largo como la vida.

SEGUNDA PARTE

Sad:

Ayer fue una noche normal. Ayer, el mundo era otro. Y después, por la mañana, esto. Nadie entiende qué ha pasado. Incluso en Troumaron, nunca había sucedido algo así, al menos, no de esta manera. El barrio está en silencio como nunca lo había estado. Todo el mundo se esconde. Nadie se atreve a decir: tenía que pasar tarde o temprano. No queremos pensar eso de nosotros mismos.

La encontraron dentro de uno de los cubos de la basura.

Nadie oyó nada. Por supuesto, todo el mundo estaba mirando para otro lado. La ignorancia es lo único que nos protege.

Nosotros, los chicos, tampoco habríamos dicho nada, aunque supiéramos algo. No somos unos soplones.

Sabemos que, entre los nuestros, hay quienes camuflan sus monstruos bajo una apariencia de normalidad. Que su aspecto banal esconde ojos asesinos. Esa brutalidad es la única herencia de la infancia, aunque no siempre aparece enseguida. A veces, son los que menos ruido hacen, los más aletargados. Es como si les pesaran los párpados. No vemos cómo se les resquebraja de rojo la mirada. Sus llagas se ocultan bajo una especie de neblina. Pero la mayoría son solo chavales corrientes. Jugamos a ser el terror del barrio, pero, en el fondo, no hacemos nada realmente terrible.

Al cabo de un tiempo, acabamos volviendo al redil, después de haber creído en nuestra libertad y en nosotros mismos. Por eso, no entendemos nada.

¿Qué ha pasado? Nadie tenía nada contra Savita.

Pienso en la última frase que he escrito en la pared, ayer por la noche: Tu boca de memoria roja se abre para recibir la sangre del hombre soberano.

Estaba haciendo Rimbaud de mala calidad, como siempre. Pero es cierto: el hombre es soberano. Dejará de serlo cuando el mundo cambie de órbita.

Cuando encuentro a Eve, me quedo petrificado al ver la expresión de su rostro. De golpe, se ha ido. Se ha borrado.

Ahora comprendo por qué no podía decirle te quiero a un hombre.

Exangüe, desgreñada, raquítica. Está sentada junto al arroyo. No

está llorando. Se ha acurrucado como un huevito, masticando la carne de su dolor. Luego, intenta volver a escupirla, pero se le queda pegada al interior de la boca y al fondo de la garganta. Le dan arcadas, pero no consigue vomitar nada, ni la más mínima saliva de desahogo. Ni siquiera me atrevo a tocarla. Está muy lejos de aquí.

Lo único que soy capaz de hacer es sentarme a su lado y mirar cómo tiembla. A medida que pasa el día y el temblor no cesa, la veo alejarse más y más en el recuerdo, desaparece en su pérdida. Se ha perdido. Eve nunca será mía. Yo nunca dejaré de quererla. Pero algo se ha muerto para mí también. Nunca seré el mismo Sad. No había comprendido la tristeza hasta hoy.

A lo lejos, se ven los coches de policía que van llegando. El barrio se ha llenado de ruido. La gente hubiera preferido esconderse, pero la presencia de la policía lo cambia todo.

Cojo las manos de Eve, cerradas en un puño, y se las abro. Sus palmas son una constelación de pequeñas medialunas rojas, como si el propio astro se las hubiera pisado. Beso las medialunas rojas. Ella se suelta las manos. Tiene ganas de hacerse daño. Tiene ganas de gritar. Pero no puede.

Háblame, le digo.

La vi ayer por la noche, justo antes. Dice.

Nos separamos al lado de donde.

No entré en casa. Podría haberla seguido, quedarme con ella un rato más, estar con ella.

Pero vine aquí, junto al arroyo. Desde aquí, no vi nada.

No vi nada.

Soy la última. Hubiera podido. Si hubiera. Tendría que haber. Por qué. Si. Pero. En vez de. Ella. Y después.

Con un chirrido de engranaje, termina encogiéndose sobre sí misma. Empieza a golpear el suelo con los puños cerrados. Golpea con tanta fuerza que levanta toda la tierra a su alrededor. Se pone de pie y empieza a patear todo lo que encuentra, está a punto de darme a mí también. Me levanto y la sujeto. Al cabo de un rato, se calma, aunque su voz suena igual de atormentada.

Me pregunta:

¿Quién ha sido?

No lo sé. No tengo ni idea.

No puede ser, dice. Vosotros estáis por todas partes, lo oís todo, lo sabéis todo. Tiene que haber sido uno de los de la banda. Lo sabéis y no vais a decir nada, solo para protegeros los unos a los otros.

No es verdad, Eve, te juro que ni siquiera estábamos aquí ayer por la noche.

¿Dónde estabais?

Dando una vuelta. No estábamos haciendo nada en concreto, simplemente buscar gente con la que meternos.

Se pone a imitarme con una ironía salvaje: Buscar gente con la que meternos. ¿No buscabais también gente a la que matar?

De pie, me lanza una mirada cargada de tanto desprecio que no sé dónde ponerme.

Escribiste «el hombre soberano», dice. Para ti también son soberanos. No te atreves a plantarles cara. Nunca te atreverás a denunciarlos. Hay que formar parte a cualquier precio. Eres un cobarde y un chulo y un mentiroso. Qué cosa más triste.

Se va sin esperar más explicaciones. Pero no le he mentido. Quizá sea un cobarde, pero no soy un mentiroso. Además, no sabe que la estoy protegiendo de los lobos.

Acabo pegándome yo también contra el suelo, pero no me ve nadie. Yo soy el único que sabe qué nudo tengo en el estómago.

***Ève*:**

El cuerpo desnudo yace sobre la mesa de laboratorio, listo para ser diseccionado. Pero esto no es una autopsia.

Tumbada, desnuda, sobre una mesa de laboratorio del aula de biología, trato de imaginarme en el lugar de Savita, tendida ante la mirada de médicos y policías, a la espera de revelarles sus secretos. A la espera de manchar de rojo la loza blanca. Pero no, un cuerpo muerto no mancha. Solo de un cuerpo vivo brota lo rojo.

Sadiq escribió, en la pared del rellano: La memoria roja se abre para recibir la sangre del hombre soberano.

¿Qué ha recibido Savita del hombre soberano? Golpes. Cortes. Algo más, quizá.

Y yo, no es sangre lo que voy a recibir, sino la lechaza del macho que invade y ahoga a la hembra, que esparce en ella sus potenciales dobles por millares.

Pero yo no seré portadora de sus dobles. No colonizarán mi cuerpo.

Mi cuerpo está tumbado, desnudo, en la mesa.

Un cuerpo flaco que se adora o se despedaza, dicen.

Por el momento, está adorándome y despedazándome a la vez. Le cuesta y se tambalea bajo el esfuerzo del deseo. Nunca lo había visto tan destruido. Su sombra en la pared es gigantesca. Es una criatura monstruosa que me avasalla. No se parece a nada humano, esta sombra arqueada, vacilante, de la que escapan ruidos guturales, de deglución, sonidos de un sufrimiento inhumano.

¿Por qué he venido esta noche, después de lo que le ha pasado a Savita? Este no es mi lugar. Pero yo no tengo lugar. No puedo pasar el duelo de Savita en mi casa ni en la suya.

Así que lo hago aquí, con toda la fuerza de mi odio. Odio tu muerte, Savita, y odio a este hombre que se desata conmigo sin preocuparse de saber si estoy viva o estoy muerta.

Después, cuando haya terminado de babear, me levantaré y, para consumar mejor su derrota, me sentaré a esta misma mesa a hacer los deberes en el silencio del aula, entre el olor cercano de los cuerpos, mi ropa mascullada, mi pelo húmedo, mi boca reseca, mi cuerpo vaciado, mi espíritu anulado, mis recuerdos asquerosos, mis días comprados,

mi orgullo destripado, mi sexo desatorado, y las letras del saber se aferrarán como plomo a las páginas sin decirme nada, sin brillo alguno, exhibiendo ante mí su impotencia y su indiferencia porque Savita ya no estará abajo esperándome como siempre para volver a atar a mi cuerpo su fino hilo de vida y, sin eso, no tengo vida, nada con lo que suspenderme por encima del vacío, nada que me impida dejarme caer.

Como ella. Solo que ella no se ha dejado caer. Alguien ha decidido hacerlo por ella. Alguien que pensó que no valía más que la basura en la que la enterró.

En el momento de irme, me dice: ¿Y esa chica que han encontrado muerta en Troumaron?

Espero un segundo y respondo: Yo la conocía.

Veo cómo la siguiente pregunta le vacila en los labios, una que no se atreve a pronunciar. Le contesto de todas maneras: Sí, usted también.

Sé que cuando me voy, se queda en la ventana, en la oscuridad, mirando cómo desaparezco por el patio del instituto. Se pregunta si me verá mañana. O si, también yo, esta noche, al volver sola.

Los faros de los coches, la insensibilidad del tránsito, pintan de garabatos el camino. ¿Y él? ¿Es insensible a lo que ha ocurrido? ¿Me acaricia como si fuera yo también un cuerpo muerto, tendido sobre la mesa de autopsia? ¿Qué diferencia hay?

Sobre la mesa de laboratorio del aula de biología, ha diseccionado un cuerpo humano, nada más.

Clélio

El barrio está plagado de uniformes.

Es algo que no nos hace gracia. Nos hace sentir mal, aunque no tengamos ningún cargo de conciencia. Los uniformes no son para nosotros.

Tengo la sensación de que me miran raro. Mi madre se pone a lloriquear como una Magdalena en cuanto me ve. Mi padre da la impresión de haberse sentado a esperar sobre las brasas. Pero yo no he hecho nada. No soy el culpable. Si tengo ganas de ponerme a masacrar gente, no es a los que no pueden defenderse. Es a los que pisotean a los demás.

Hay bochorno en el aire. El viento sopla bajo. Los de la banda me evitan. No entiendo por qué. Ayer por la noche no quise ir con ellos, pero tampoco es razón para hacerme el vacío.

Son todos unos traidores. Intento ponerme a cantar, pero el resentimiento me come la voz nada más empezar. No canto para animarme, sino para hablarle a Savita. Por supuesto, nadie lo entiende. No entienden que se pueda hablar con sombras que están más vivas que ellos.

Donde quiera que mire, hay policía. Los cubos de la basura son el centro del hervidero. ¿Qué más pueden encontrar ahí aparte del cadáver de una chica? ¿Creéis que aquí en Troumaron va a bajar un ángel a iluminaros? No, lo que hay aquí es muerte. Si la gente se sorprende cuando finalmente llega, es porque no han querido verla. Yo tengo los ojos bien abiertos. Sé que nos irá atrapando uno a uno, de la manera más violenta posible. Por eso he empezado a practicar.

Ève:

El piso huele a azufre. En cuanto llego, entra en combustión.

Me están esperando en el salón a modo de agenda habitual. Las preguntas son las de siempre, pero bajo el filo del miedo. Respondo con las evasivas de siempre. Pero, entonces, lo entiendo. La muerte de Savita lo cambia todo. Sus padres han empezado a decir en voz alta lo que ya pensaban en bajito: soy yo quien la ha llevado por el mal camino. Si está muerta, es por mi culpa, dicen.

Mi padre dice: ¿Sabes algo de su muerte?

Me gustaría decir que no ha sido culpa mía, pero no puedo. Porque yo era ella, ella era yo, ha sido culpa mía. Nos hemos muerto las dos a la vez. De mí solo queda lo superfluo. Las palabras se me atragantan en la boca. El sabor de mi saliva me da ganas de vomitar.

Mi padre dice: Dicen que eras un mal ejemplo para ella.

Contesto: ¿Es que tú conoces muchos buenos ejemplos por aquí?

Inmediatamente, se levanta y me pega una bofetada. Me lo esperaba, por supuesto. Es la única réplica a mis palabras. La única respuesta a mi presencia. Acompaño el golpe con un movimiento, así el impacto es menos fuerte.

Mi madre ha quedado reducida al estado larvario. Me levanto, cansada. No tengo ganas de estar con ellos. No tengo ganas de verlos. No saben nada de ella. Carecen de toda imaginación. ¿Cómo iban a poder comprender lo que ella ha vivido? No tiene ninguna importancia para ellos. Lo único que cuenta es lo que la gente piense, lo que la gente diga, las apariencias, la farsa de la normalidad, ese es su orgullo mediocre. ¿Orgullo? No hay de qué enorgullecerse. Tienen la boca manchada por el lodo de la maledicencia.

Dejadme en paz, les digo.

Solo pienso en refugiarme en el sol calmado de Savita.

Pero aprovecha mi cansancio para volver a golpearme, esta vez un auténtico puñetazo en la cara. Caigo aturdida en el sofá. Mi madre se pone a gritar.

Me agarra por el pelo y me obliga a mirarlo y a escucharlo. Yo cierro los ojos y los oídos.

Empieza a chillarme obscenidades. Se abandona a su arrebato de

furia roja, que oirán todos los vecinos y los vecinos de los vecinos. Sus ecos se propagarán aún más lejos, como las faldas de una explosión nuclear.

Dejo de prestar atención a lo que está diciendo. Se pone a gritarle a mi madre sin soltarme el pelo. Espero pacientemente a que termine.

Lo único que pienso es que me vendría bien cortármelo. Cortarme el pelo corto, muy corto. Rapármelo hasta que se vea el cráneo. Una cabeza de leona que nadie se atreva a mirar a la cara, que nadie se atreva a tocar porque tocar a una leona es enfrentarse a su mordedura. Tocar a una leona es que sus dientes se te claven en la carne, unos dientes afilados para triturar, dientes que se teñirán de sangre. Y que luego, tendida al sol para la digestión, se irá lamiendo poco a poco para limpiarlos. El aliento de la leona es oscuro y sangrante. Una leona que hace la digestión es algo hermoso, rica en su baño de oro.

Finalmente, al ver mis ojos ausentes y tan vacíos, acaba por sacarme los dedos del pelo, arrancando de paso algunos mechones.

Entro por fin en mi cuarto. Escupo una saliva agria. Me tiro en la cama ignorando las punzadas en mi cabeza. Cualquier dolor que pueda sufrir no es nada al lado de lo que Savita.

Desposeída de su cuerpo y su vida por el hombre soberano.

Le ha negado todo orgullo al apilarla en la basura. Ha decretado: no eres nada. No existes. Has existido para nada. No has servido para nada. Golpe final.

El hombre, en su vanidad, reina. Ella, ¿qué dice? ¿Qué hace? ¿Grita? ¿Acepta lo inevitable? ¿Se alegra de que todo acabe? ¿Piensa en mí en sus últimos momentos? ¿Me pregunta: por qué no estás aquí?

Sobre una mesa, en alguna parte, bajo una luz cruda, su cuerpo espera a ser descifrado. ¿Para revelar qué? ¿Las marcas de la muerte? No hace falta abrirla para saber. ¿Restos, huellas, fluidos incriminatorios? ¿Y yo? ¿Encontrarán mis huellas en ella? ¿Las huellas de mis manos, de mis labios, de mi alegría? ¿Qué dirá la propia diseccionada? Sé tu silencio, Savita. Es lo único que merecen.

Afuera, se oye un crepitar eléctrico. Más que la muerte de Savita, es la presencia de la policía lo que está pelando los cables de alta tensión que atraviesan el barrio. Me da la impresión de que, ahora que se ha ido, soy la única en enfrentarse a la horda. Todas las miradas se clavan en mí. Soy yo quien ha infringido las normas. Soy yo quien ha perturbado las razones, alterado los espacios, forzado las puertas cerradas. Voy sembrando el caos. Desprendo un olor a sebo. Soy el ángel maléfico del barrio, su alma caída.

Estoy tan convencida que empiezo a adormecerme, presa del letargo.

Mi mano coge uno de los bordes de la sábana y me lo tira en la

cara como un sudario. Mi cuerpo es tan plano que apenas arremolina el breve océano de la cama. Tengo los ojos abiertos bajo el sudario. Intento ver el mundo tras esa red, tras esas rejas blandas. ¿Qué haría yo si tuviera que esconderme del mundo? ¿Cómo viviría siendo un fantasma? ¿O acaso la invisibilidad nos quita los miedos?

Me deslizo por la duermevela del sudario, mirando un mundo blanquecino. Pronto, se extiende por todas partes. Mi respiración, a ritmo de péndulo roto, también se calma.

Clélio

Era de esperar. Soy el primero al que interrogan. El primero del que sospechan. Nadie dice nada, claro. Pero hay muchas formas de decir algo sin decir nada. Los viejos no veían la hora de que esto ocurriese. No son malos niños, dicen, pero entre ellos, sabe usted, hay algunos frutos podridos. Hay algunos que ya han estado en la cárcel, que van siempre buscando problemas. Ya sabe usted, cuando uno tiene mal corazón, no hay nada que hacer. *Ki pufer, ena, zott finn ne kum sa*. Han nacido así, con el corazón podrido.

¡Yo no tengo el corazón podrido, cono! Son ellos los que están podridos. Nadie se atreve a pronunciar mi nombre, pero tengo la impresión de oírlo en cada mirada, en el aire, en la campana de la iglesia que llama a misa los domingos, en el rugido de las ruedas de los coches. Además, tengo un nombre que se traba al pronunciarlo. Y luego, no todos los policías son imbéciles. Están haciendo su trabajo. Si uno de nosotros ya ha ido a la cárcel, la cosa se simplifica. ¿Qué estuviste haciendo ayer por la noche? ¿Ayer por la noche? Nada. ¿Nada? No, nada. Seguramente estarías haciendo algo, ¿no? No, hay momentos en que no hago nada. ¿Dónde estabas? En la azotea de mi edificio. ¿Te vio alguien allí? Pues los pájaros que me pasaron por encima, no sé si serían bengalíes, canarios dorsigrises o cardenales, y luego las ratas que vienen a tomar el aire cuando ya cae la noche. ¡No nos vaciles!

Si están buscando pruebas, las encontrarán en sus propios dosieres. Señor juez, este chico es reincidente. La sociedad ha hecho todo lo posible por reinsertarlo, pero hay gente que no se puede redimir, señor juez, y el juez me mirará y me dirá, *are you beyond redemption*?, como si estuviera preguntándoselo a sí mismo, pero yo le contestaré, sí, estoy más allá de la redención, porque no tengo ganas de ser redimido ni corrompido, aunque no he cometido los crímenes que se me imputan, como se dice en lenguaje jurídico, no he hecho, en realidad, nada en absoluto, los que cometen los grandes crímenes son otros, pero la policía no se atreve a arrestar a la gente como ellos o, si se ve obligada, los tiene en palmitas y les dice disculpe, señor, antes de meterlos en el trullo y nadie les pone las manos encima, tienen el

olor a flores de sus millones malversados y ese perfume inaccesible despierta las fantasías de los pobres agentes con sus salarios de mierda, también hay que entenderlos, hay cosas que sobrepasan la imaginación de los pobres, pero bueno, hay que arrestarlos porque así son las cosas, hay que enseñar al pueblo que la justicia está ahí aunque luego salgan esa misma noche y el juicio acabe viniéndose abajo porque hay que callarles la boca a los activistas que arman escándalo por la corrupción en este país, y las cajas b, y los fondos de pensiones vacíos, así que yo estoy *beyond redemption*, y me echan encima el asesinato sin un por favor ni pruebas a la vista, soy culpable de ser yo, de ser, me empujan, me dan collejas diciendo vas a acabar hablando, canalla, y si hace falta me darán una paliza como quien no quiere la cosa, y encima se terminará convirtiendo en noticia, no falla, aunque Savita se burlaba de estos rollos de raza, al estar muerta se convierte en símbolo racial, y yo también, siglos y siglos siendo enemigos, esclavos, culíes, una historia agotadora, no quita que a la mínima asome de nuevo, hace siglos que es así y no está cerca de acabarse, creedme, aunque a nosotros, los hijos de Troumaron, nos importen una mierda las religiones, las razas, los colores, las castas, todo eso que divide al resto de la gente en este país tan jodido, nosotros, los hijos de Troumaron, pertenecemos a una sola comunidad que es universal, la de los pobres y los vagabundos y esa, creedme, es la única identidad que importa.

Saldré de aquí con las esposas en las muñecas. De esta no me escapo.

Sad:

Se han llevado a Clélio. Sabía que no teníamos que haberlo dejado solo. En cuanto lo dejamos solo, Clélio va directamente a los problemas. Sé que él no ha matado a Savita. Pero es El Culpable. Van a intentar que confiese y, si no lo consiguen, tampoco cambiará mucho la cosa. Clélio solo tiene que abrir la boca para condenarse él solito. Es un ¡nocente, en todos los sentidos.

Mientras tanto, Eve tiene una nueva obsesión: quiere ver el cuerpo de Savita. No sé qué pretende ganar con eso, pero por más que me niegue a ayudarla, no quiere dar su brazo a torcer. Que haya empezado a volver a hablarme ya es algo. Cualquier cosa me vale. Vuelve la esperanza. La llevo a la comisaría.

Los agentes nos miran primero con indiferencia, luego, al descubrir de dónde venimos, con desconfianza. Bueno, a mí sobre todo. A ella la miran más bien con cariño, parece tan joven, con su camiseta ancha y el pelo estirado hacia atrás en una coleta, sí, parece realmente joven, aparenta quince años. Y luego está esa mancha oscura que tiene en la mejilla derecha, ¿no es esa la firma habitual, el idioma en el que se escribe la vida en esos lugares descarnados?

Los agentes se apelotonan como abejorros a su alrededor. El inspector nos recibe de pie en su despacho. Es enorme y tiene un aire paternal, pero no me fío. Le coge la cara y acaricia la marca con el pulgar, un pulgar gordo y moreno en ese rostro tan pequeño, me entran ganas de pegarle y veo, por la manera en que me mira, que lo sabe.

¿Tu novio te ha hecho esto?, pregunta.

Mi padre, dice ella mirándole directamente a los ojos.

Aparta la mano. Ella lo estudia. Se pregunta qué debe hacer para que acepte dejarle ver el cuerpo. Se miden el uno al otro. Yo no pinto nada en todo esto. Un código cifrado atraviesa su silencio.

Está en la morgue, dice él.

¿Está lejos la morgue?, pregunta ella.

¿Por qué quieres verla?

Era mi amiga.

Solo dejamos ver el cuerpo a los seres queridos.

Yo era un ser querido.

Os la devolveremos cuando termine la autopsia. Es mejor esperar.

Y vuelve a ponerse con el papeleo, punto final.

La saco de la comisaría antes de que decida intentar otra cosa. No entiendo esta facilidad que tiene para resarcirse con su cuerpo. Como si no significara nada. Para mí, es la cosa más preciosa en el mundo.

La llevo al Caudan porque sé que no tiene ganas de volver a Troumaron. Está devastada. Nos sentamos frente al mar y esperamos. La marca de su cara se ha vuelto violeta a la luz de las farolas. Me parece hermosa.

El mar, por el lado del hotel de lujo, se enciende con resplandores velados. En nuestro lado, tiene un aspecto untuoso y huele a sobaco.

La gente pasa cerca de nosotros, se sientan en algún bar, toman el aire, se piden una cerveza, se deleitan en la calidez del tiempo y no se enteran de nada. Eve me dijo una vez que vivíamos en planetas distintos. Creo que tiene razón. Su sol y el nuestro no son el mismo.

Ella no dice nada. No ve nada. No está ahí. ¿Cómo alcanzarla?

Vamos caminando sobre parapetos de cristal, sobre la transparencia del vacío. Entre nosotros hay mil silencios y la distancia del infinito.

Le enciendo un porro. Fuma con fuerza y los ojos se le vuelven miel fundida. Su color se concentra en mi lengua como la miel de las flores voraces de Rodrigues. *To lizie kuma dimiel Rodrig*, le digo en mi cabeza. La sombra de la *ganja* me recorre el cuerpo y centellea en mis venas. Mis palabras son simples y claras:

Vamos a estar bien, le digo.

Tú, puede. Yo no. No me queda vida. He gastado todo el depósito.

Tenemos opciones, jugar a las apariencias, a la persuasión, nos va a ayudar a salir de aquí.

Sonríe.

Esas palabras, dice, que tomas prestadas de otros, te servirán para embaucar a la gente. Tú vas a estar bien, seguro.

Me molesta que diga eso.

Si las uso, le digo, es que son mías. Las requiso. Las palabras no pertenecen a nadie.

Pertenecen a todos y a ninguno. Tú eres libre de hacer lo que quieras. Yo no te seguiré. Es demasiado tarde.

¿Como puede ser demasiado tarde a los diecisiete años?

Me siento vieja, dice.

Somos prácticamente niños, sentados en nuestro parapeto. Y ella, con su flor de violencia en la mejilla, se siente vieja. Se levanta y da

unos pasos frente a mí. Es como si no tuviera ningún equilibrio. Baila y cae al mismo tiempo. Extiendo las manos para agarrarla.

¿Es el lugar el que nos ha hecho así o al revés?

No contesto. Le hago una promesa en mi cabeza: Eve, voy a sacarte de entre tus escombros.

Mientras fumamos juntos, estamos más cerca que nunca. Apoya la cabeza en mi hombro. Estoy cubierto del olor herboso del porro, pero también, sobre todo, de su olor. Su piel y su carne. Puedo oler su sudor. Puedo oler su pelo. Y hay algo más, algo secreto, urgente, vivo, algo enterrado, algo tan intensamente mujer que, incluso en mi estado menguado, me deja aturdido de deseo. La estrecho contra mí. Cómo te deseo, le digo sin atreverme a decírselo. Cómo te deseo.

***Ève*:**

Otro tipo de grafiti cubre ahora las frases de Sadiq y las rabias más antiguas. En nuestro rellano, ha habido una explosión de odio que me deja un regusto fecal en la boca.

Mi padre ya no sale de su cólera. De golpe, se ha puesto a hacer el papel del bueno. Ya no es el padre que pega a su hija, sino el que la «disciplina». Eso marca la diferencia. Tengo que escabullirme de mi casa cuando menos gente hay fuera. Voy esquivando las miradas para no sentir cómo me queman la piel.

Mi padre se dedica a conversar largo y tendido con los otros hombres del edificio. Cuando vuelve, apesta a vino barato. Mi madre se encierra en sí misma y acaba pareciendo una tortuga. Esto es la pena perpetua.

En el instituto, ya no hago nada. Ya no tengo nada que hacer. Algunos profesores tratan de hablar conmigo, pero los derrotan mis ojos muertos. También el de antes intenta acercarse a mí, cuela notas entre las hojas de mi cuaderno, me dice que quedemos en el aula de biología. Sus mensajes se vuelven urgentes, suplicantes. Lo ignoro. Al pasar, se le escapan culebras de deseo por la boca. Desde que me hizo la autopsia en aquella mesa, solo soy capaz de verme como un cadáver bajo su mirada babosa.

En realidad, estoy muerta.

En realidad, desaparecí debajo del sudario.

No entiendo por qué mi cuerpo en movimiento se empeña en seguir aparentando, cuando habría sido mejor abandonar.

Es como el estremecimiento nervioso del tiempo, que también tiene ganas de acabarse. Días mansos de tibieza, días de azúcar, de polen, de contaminación, de lluvias como gotas de sombra que ahogan las almas. Inviernos pálidos, planos como el dorso de la mano. Veranos que exploran los cuerpos con sus dedos ardientes. Los ciclones y las sequías se suceden a un ritmo acelerado. Todo eso en un solo año, el año de mis diecisiete. Me ha ocurrido todo: la vida y la muerte.

He vivido varias vidas. Y aun otras de las que no me acuerdo. Todas han acabado igual que esta. Frente a un muro.

Veo chicas que bailan y mujeres que caminan a lo largo de una recta elegida. Veo hombres pensativos y viejos felices de que el sol les alumbre las canas. Veo imágenes en la tele, alegrías estridentes y sufrimientos taciturnos que no se corresponden con lo que yo soy, con lo que veo. ¿Por qué aquí, en Troumaron, nada se corresponde con lo que pasa allí?

No soy nada. Un accidente en el camino. Una cosa malgastada. Singular, unitaria, expulsada.

Me devora la noche. Su gula no tiene fin. Pedazo a pedazo, me va carcomiendo, me mordisquea. Pero no acaba.

En la mesa de autopsias, se acuerda de ti. De ti o de tu sombra, poco importa. Aunque ya no sabe si eres tú o la otra, la que miró por el resquicio de la puerta aquella noche.

Ordena los libros sobre la mesa. No le gusta el desorden. Los va colocando alineados entre sí. Son tus libros. Se los has dejado. No has vuelto. No quieres volver a sentir el olor que tienen. Ni las imágenes. Ni tu rostro aplanado entre sus páginas.

Te extiende en la mesa de biología. Hace con el recuerdo lo que le da la gana. Un cuerpo azul con dulces entrañas. Labios violáceos como tragos de sangre vieja. Brazos tan flacos que parecen desaparecidos. Y, al final, una pequeña mano con la palma húmeda que resbala sin vida por el borde de la mesa.

Sobre la mesa de su vida se han reunido dos chicas. Ya no es capaz de diferenciarlas. Son igualmente bellas y están igualmente muertas. Las mezcla, mano contra mano, axila contra axila, va viendo cómo se funden, lentamente, la una en la otra. A veces, se queda de pie, a veces, se sienta, a veces, se tumba. Ellas se van deslizando de un lado a otro, se intercambian y, acrobáticas, se aforran colgando a su palidez.

Es el hombre más feliz del mundo. De rodillas, ha renacido de su calvicie, de sus días perdidos que no sabía cuándo vivir, de sus intentos vanos por transmitir un saber que no tiene, reconvertido en hombre en el hueco reluciente de un cuerpo plano como la mesa, de una osamenta legible en la cara oscura del bosque. Las venas son sus ríos. El temblor del cuerpo tomado por asalto es la avenida que recorre triunfante, desde aquel primer día en que le trajiste tu deriva y tu mirada despiadada. Lo que traes es lo que ofreces: un pedazo de la nada, otro pedazo del todo.

Te golpea la cabeza contra la pared siguiendo su ritmo débil. ¿Es que ha visto un resplandor guerrero en tus ojos? ¿Un brillo de venganza? No se acuerda.

Tanta inercia. Tanta indiferencia. Ese «señor» con el que le das las

gracias después del acto, que crucifica a cada uno en su papel. Es todo lo que será para ti: «señor». Un profesor atrapado en la imposibilidad de nombrarlo.

No comprende por qué hay otros que luchan por estas criaturas momificadas que no van a conseguir librarse de sus ataduras. Hay quienes dicen: si uno solo de ellos lo consigue, habremos ganado todos. Pero cada vez que entra en clase y *observa esos rostros congelados en sus máscaras de rechazo, en su obligación de confrontar, de desafiar cualquier cosa que se les pueda ofrecer, en su indiferencia ante cualquier nueva posibilidad, le entran ganas de morirse. Deja caer los libros en la mesa como quien cierra un ataúd, sabiendo que lo que contienen huele a tumba. Desde el principio, juegan con ventaja. Son capaces de leerlo con tal claridad, con tal crueldad, que enseguida saben cómo hacerle daño. El lloriquea por dentro hasta el día en que un rayo de sol sobre un cabello de espuma le revela el tesoro escondido al fondo de la clase,* y *el corazón le da un vuelco.*

A partir de ese momento, cambia el color de su vida: te ha visto. Te ha descubierto, animalillo agazapado detrás de la mesa, bien agarrado para no caerse. Estás rodeada de un vacío inexplicable. Cuando te vas, lo haces sola, con un paso gélido. Eres tan flaca que tiene ganas de llevarte en brazos como a un bebé. No armas jaleo. Estás separada del resto.

Ya no vive más que para ti, se entrega a tu noche. Desde que te conoce, su vida no es la misma. Se paraliza hasta que vuelve a estar contigo. Pero ahora, te niegas.

No está hecho para este oficio. No está hecho para nada. Se pasará la vida lamentando haber sido. Viejo antes de tiempo, escaso de dones.

Los tiempos de normalidad han acabado.

Día tras día, se ha ido desmantelando todo.

Los tiempos de normalidad se han dado a la fuga. ¿Cómo ha llegado a este punto?

Tuvo entre las manos un cuerpo de muñeca. Era consciente de que no le haría feliz. Pero era su venganza en la vida, contra la vida: partirlo en dos.

Ève:

Mi padre, ya apenas un padre, no sabe por dónde cogerme. Fantasea, reflexiona, se hace preguntas. Las imágenes flotan frente a él y se rompen contra sus recuerdos. Una cama desecha, un cuerpo deshecho, demasiada mujer para una chica tan pequeña.

El amor de la infancia es pasivo. Después, el tiempo echa a correr. La niña se vuelve salvaje. ¿Qué ha de hacer un padre para hacer entrar en razón a su hija? ¿Para preservar su cuerpo de la locura? ¿Para restablecer sus derechos? ¿Qué derechos tiene él sobre mí, excepto los que da la violencia?

Mi madre, mujer al borde del ahogamiento, ha tallado su carne con la forma de la desesperación, y sería feliz de encontrar una forma sencilla de matarse. Ya no es más que un cúmulo de vergüenza. Por mi culpa, ya no se atreve a mostrarse en público. Me conoce. Sabe bien hasta qué punto puedo desafiarlos. Hasta dónde soy capaz de llegar, no solo para destruirme, sino para arrastrarlos a todos conmigo. Pobre madre que tiene que cargar con una hija tan obstinada en su rabia, eso es lo que temen todas las madres, ¿no? El recelo la abarca también a ella, que no ha sabido tomar las riendas, domar la sangre salvaje, el exceso de orgullo y esa obstinación viril de hacer lo que me dé la gana.

Los niños tienen alas de plomo y se empeñan en creer que pueden volar, hasta que los encuentran convertidos en basura entre un montón de basura.

Las ventanas han sido extirpadas. Los edificios, apagados. El agua ya no corre. Toda claridad amiga se ha extinguido. El barrio entero se ahoga en la negritud. Nadie sale de casa. Las bandas, cada vez más nerviosas, se están armando. Una chica muerta que no ha sido vengada. Una chica que se empeña en hurgar en los escombros. Tiene que correr sangre. Solo los gritos conseguirán romper este vacío.

Los padres de Savita están solos con su duelo. Esta noche, no paro de pensar en ellos. Me gustaría contarles cosas de ella, pero solo verme la cara les horrorizaría. No quieren saber nada de mí. Quieren estar a solas con su muerta. Pero el acto final ha hecho de su hija algo innombrable. Tras las expresiones de horror, se dibuja una pregunta

muda tras los ojos de la gente: ¿Qué hizo para provocar esto?

Participa activamente en su propio asesinato. Un poco más y será cómplice. Todavía un poco más y será su propia asesina. Así funciona la gente.

Los padres piensan: era una chica normal, sin historias raras. Es muy valioso, para unos padres, tener una hija sin historias. No conocen el otro lado de su cara, en el que estaba inscrita la historia más bonita de todas. No saben nada de la sonrisa que inspiraba su boca. Creían en su futuro y no querían reconocer su presente. Yo era su presente.

Miran cómo solloza su hija pequeña. Devastados, hundidos, rompen a llorar de nuevo. Esta vez por la pequeña, no por la mayor, como si ya estuvieran viendo ante sí, en la película de su propio terror, su cuerpecito hecho pedazos.

Ya no soy presa del amor. Quisiera tener un corazón plano, tan plano como mi cuerpo, que supiera desaparecer cuando vivir se hace demasiado pesado.

Tampoco soy presa del vértigo. De hecho, necesito mirar el vacío sin parar. Desde la azotea donde se refugia siempre Clélio, miro hacia abajo. Abajo hay algo que me espera. Mi propia forma. Mis brazos extendidos como alas en estrella. Mis piernas abiertas. Y mi rostro de niña en reposo, pastoso de tristeza y de alivio.

La única manera de aprender a volar es dar un paso afuera.

Caminar sobre una alfombra de aire, con la complicidad del viento en las orejas y el sol remero atravesando el cielo tan azul. El grito que se cuela entre los labios no es un grito de miedo, sino de vida.

El paso afuera, decisivo. El espacio domesticado. El tiempo justo de atrapar la brevedad de lo eterno.

El paso afuera; fuera de todo, de todos, de una misma.

Lo que está esperando abajo no es más que un banal accidente en el camino. La noticia de sucesos que ya no nos concierne, puesto que se trata solo de fragmentos de sí, por completo ilegibles. Todos los comienzos que no se terminan acaban juntos aquí, en un puño cerrado.

Ya no soy presa del remordimiento. Es perder un tiempo precioso de vida. La única y auténtica cuestión es: ¿sigo siendo presa de la vida?

Clélio:

Está oscuro. Me quedo atascado. Este lugar es un agujero. No me están maltratando, pero sé que de esta no me libro. Hasta aquí llega mi vida. No sé qué me pasa. Conozco bien la cárcel, pero es la primera vez que tengo la sensación de que estoy jodido. Ya no me miran como antes. Los ojos de los policías y los guardias evitan cruzarse con los míos. En los periódicos, ya aparecen titulares: el presunto asesino de Savita ha sido arrestado. Veo la portada mientras el guardia lee el periódico. Hay una foto de Savita, tan guapa como siempre, sonriente, juguetona, qué os puedo contar, como si se estuviera burlando de todos nosotros. Y una foto mía, con pintas de delincuente, por supuesto, las únicas que tengo.

De todas maneras, sigo haciendo planes, por si acaso me libro. Me buscaré un trabajo, eso seguro. Se acabó lo de hacer el imbécil. Se acabó ir fingiendo que tengo ganas de romperle la cara a todo el mundo. Se acabó ir haciéndome notar a cualquier precio. Voy a hacerme pequeñito y a evitar los problemas. Dejo la banda. Dejo de morderme las uñas. Dejo de raparme el pelo. Me quito los tatuajes con ácido. Dejo de grabarme a Cario en la piel.

Cario hizo bien en irse. Es lo que hay hacer para salir adelante. Cortar lazos con el pasado, si no, va tirando de ti hacia atrás y no te deja moverte. Cario, mi hermano, hizo bien. No volvió a buscarme, pero se fue por mí. Para enseñarme que se puede. Incluso aunque tenga un Renault, lo perdono. Aunque mienta a mamá cuando le dice que tiene una casa de diez habitaciones, lo perdono. No se podía hacer de otra manera. Partir, olvidarse de Troumaron, olvidar que un día se vivió aquí, que se estuvo a punto de morir aquí. Savita también tendría que haberse ido. No le dio tiempo. Pero nosotros no la hemos matado.

En cuanto a mi padre, también hay que entender por qué es así. Mi madre y él habían comprado la casa que teníamos antes del ciclón. Ya habían acabado de pagarla y, aunque no fuera gran cosa, aunque fuera tan endeble como su propio cerebro, era su casa. Así que, cuando el ciclón la destruyó y lo perdieron todo, fue imposible volver a empezar. Mi madre se puso a tirar del carro. Así son las madres. Pero él no

pudo. También hay que entenderlo.

Es como si la cárcel me estuviera convirtiendo en un santo. Estoy empezando a entender a todo el mundo. He dejado de pensar en mí. Pienso en el pobre tonto de Sad, enamorado de Eve. Pero no, no es tonto. Si no se ama a los diecisiete años, ¿cuándo se va a amar? Ese es mi problema, yo creo. Nunca he amado. Nunca he encontrado a nadie. Puede que no lo haya intentado, estaba demasiado ocupado estando furioso.

Pero si me convierto en un santo, a lo mejor tendría que hacerme cura cuando salga de aquí. Y si soy cura, no podré enamorarme. Así que más me vale no cambiar demasiado. De todas maneras, solo tengo que verle la cara al guardia para darme cuenta de que tanto no he cambiado: me siguen entrando las mismas ganas de cargármelo.

Está oscuro. Tengo que intentar dormir. Mis pensamientos son como una plaga de abejas asesinas o de cucarachas en una película de terror. En cuanto cierro los ojos, aparecen por todos los agujeros y avanzan hacia mí. Se abalanzan sobre mí y empiezan a morderme por todas partes. Me agito, grito, sacudo los brazos hasta que acaban odiándome todos los demás presos, pero no consigo darles caza.

Si salgo de aquí, me tiro a la primera mujer que pase. Es decir, si no es demasiado fea. Y si no es mi madre, evidentemente, ¿qué os creéis que soy?

Ève:

Por fin el inspector ha aceptado llevarme a la morgue. No sé cómo lo ha hecho, pero ha conseguido que me dejen entrar. Debe de tener contactos. Además, me ha cogido cariño. Poco importa cómo lo haya hecho. Lo importante es ver a Savita.

Dentro de la morgue, la luz y el olor tienen el mismo matiz verdoso. Pensaba que estaría suficientemente preparada gracias a las películas. Pero las películas no se parecen a la realidad. Aquí, la cosa es distinta. La mugre se agarra a cada recoveco. Del techo brotan flores de moho. Un hedor químico recubre las paredes.

El cuerpo entero se reblandece. Es un lugar enrarecido con la presencia de cuerpos. Todos los que han pasado por aquí han dejado sus huellas. En las paredes, en el suelo, en el techo, en el aire. Como bocas invisibles pegadas a su silencio. Nadie sale de aquí definitivamente.

El inspector me coge del brazo y me dice: no tienes que hacerlo.

No, nunca he tenido que hacerlo.

Me suelto. No tengo intención de dar marcha atrás. Después de lo que ella ha sufrido, yo puedo sufrirlo todo. Además, en mi cabeza, ya la he visto mil veces así. No paro de verla en su envoltura de muerte. Y ahora, por fin la veo de verdad.

Inmóvil y pálida. El rostro vitrificado, rígido, inflexible. Todavía con marcas de dedos en el cuello. La conozco y no la reconozco. Es por su juventud, me parece. Cuando la muerte llega tan joven, te vuelve irreconocible. Y luego está ese aspecto azulado, casi violáceo, de su piel. Tanta extrañeza me deja consternada.

Pero entonces, reconozco su boca. Me aferro a eso. Esa boca de contorno oscuro es su boca, la boca de Savita, me alegra poder revivirla tan bien, es decir, no, no he empezado a olvidar sus rasgos como había creído por un segundo, no la he traicionado, sigo guardando el recuerdo de su boca sobre mí como algo tan valioso que, dentro de mucho tiempo, mis sentidos podrán seguir devolviéndomela.

Le explico que estaba junto al arroyo, por eso no pude oír nada. Le digo que a mí es la vida la que me deforma los rasgos y me vuelve

irreconocible.

Le acaricio la mejilla. Me inclino hacia delante, pero el inspector me para. No, dice.

Me lleva a un pequeño bar restaurante donde hay más moscas que clientes. Me quedo esperando a que diga algo, que me pregunte lo que sea, que me pida algo a cambio del favor que me acaba de hacer. No me pide nada. Pero me pregunta cosas. A través de la ventana mugrienta, veo el mundo pasar. Sí, hay un mundo, ahí, afuera, que no conoce a Savita y para el que la vida no se ha parado a la vez que ella. Empiezo a contarle, sin saber muy bien por qué. A qué edad comencé, adonde fui. Le hablo de lugares que él conoce demasiado bien. Sus preguntas me van llevando más y más lejos. Mi comportamiento acaba pareciendo el de una loca, soy consciente. Eso es lo que él está pensado: esta chica está loca.

Se queda mirándome como si no me creyera:

¿Y sigues viva?, dice.

¿Adonde te ha llevado todo esto?, me sigue preguntando. Sus enormes manos furiosas trituran una servilleta de papel hasta dejarla hecha migajas encima de la mesa. No me gustaría ser uno de sus detenidos. No hay cuerpo que pudiera resistir a esas manos.

Acabo respondiendo a su pregunta:

A colarme entre los agujeros de la red. Para…

¿Por qué?

Para avanzar.

La siguiente pregunta debería haber sido: avanzar adonde, pero no la plantea. Tiene los ojos cansados y yo, la cabeza vacía. Pensaba que me estaba comprando una vida. Pero no sé cuál era.

Me pregunta si tengo problemas de salud. Sé de qué pretende hablarme, pero finjo que no lo entiendo. Le enseño el moretón de mi mejilla, que se ha vuelto amarillo: este tipo de problemas, sí, todos los días.

Deja de mirarme, creo que está intentando imaginarse lo que me han hecho, lo que me hacen hacer, lo que me harán hacer todavía, en el espejo que hay al fondo del bar nos veo y sé que parezco joven, muy joven, un hilo suelto, una cosita quemada, y que él querría poder poner fin a mi deriva, pero no tiene ni idea.

De golpe, se enfada:

Si te mando a la cárcel un tiempo, tendrás que parar, ¿no? Eso te curaría.

Me levanto para irme. La conversación ha terminado. Ya no hay nada más que decir.

Es difícil seguir teniendo fe, murmura. Pero tienes que defenderte.

Quiero que tengas una vida.

Me lleva de vuelta a Troumaron. Por el camino, no digo nada. Pero recuerdo algo que ha dicho: a Savita no la violaron. Supongo que me lo dijo para consolarme. Pero entonces, ¿por qué la han matado? No hay arranque de ira ni violencia sexual. ¿Por placer? ¿Para hacerla callar?

Llegamos frente a los bloques de pisos. El cielo está nublado. Aquí, siempre hay algo que acecha. Un espíritu vibrante, vivo y funesto.

Se acerca a abrirme la puerta del *jeep*, algo que se sale completamente de lo normal. Antes de que me dé tiempo a bajar, desliza algo en mi cartera.

Usala solo para protegerte, ¿me oyes?, me dice con suavidad.

Asiento con la cabeza. No sé por qué lo hace. No le he dado nada a cambio.

Me coge por los hombros cuando bajo y me sacude ligeramente.

Be good, me dice.

Me encojo de hombros. Es demasiado tarde para ser buena.

Hasta que no se va no me doy cuenta de que estábamos en medio de todos los edificios. Nos miran desde todas las ventanas. Todo el mundo me ha visto volver a Troumaron en un coche de policía, todo el mundo ha visto al inspector hablándome con cariño, con intimidad. He pactado con el enemigo. Como siempre, hago lo que no hay que hacer. Oigo el rumor colectivo que brota de las ventanas furiosas: esta vez, ha ido demasiado lejos.

El suelo empieza a hundirse bajo mis pies y se derrumba del todo en el momento en que cruzo el umbral de casa.

Aunque, después de todo, nunca había habido suelo bajo mis pies.

Una leve caricia. ¿Hubo una caricia? Puede. Puede que no. La escena recorre las mentes de mil maneras distintas:

al abrirte la puerta del jeep, te alzó como una hebra de paja, como el tallo de una planta, sus gordas manos te rodearon por la cintura y *te dejó en el suelo como si fueras algo quebradizo*

al abrirte la puerta, ocultó tu cuerpo semidesnudo bajo la chaqueta de policía, tenías los brazos llenos de moretones

al abrirte la puerta, se inclinó hacia ti y *escuchó todos los secretos que como una bruma pálida salían de tu boca*

al abrirte la puerta, soltó una risita vengativa que decía que más nos valía andarnos con cuidado, y *a ti se te escapó la misma risa.*

De ventana en ventana, la cólera revolotea como un pájaro loco que va chocándose contra los cristales hasta romperlos.

El hombre es tu destino y *tu muerte.*

Al abrirte la puerta, ha tomado de tus manos el destino de Troumaron.

Por todas partes se oyen portazos que suenan con la violencia de una risa mutilada.

Sad:

Es el mismo inspector que fuimos a ver juntos. Ha vuelto a verle. Ha venido aquí con él. Eve, Ève, ¿es que nunca va a acabarse tu juego? ¿Así has conseguido ver a Savita? ¿Cambia en algo haber visto su cuerpo? Ella no estaba ahí dentro, ¿no? Lo que has visto era otra cosa: una máscara que tal vez era la tuya.

No paro de dar vueltas en mi jaula. Proyecto sobre las paredes mis destellos negros.

¿Estabas intentando que te perdonara por esperarte y acompañarte después de clase? Ella pensaba que te estaba protegiendo, y en su lugar la pusiste en enorme riesgo. Ella no tenía nada que ver con tus historias.

Mentalmente trato de reconstruir el trayecto que hicieron. Las veo volviendo juntas, después de que. Después de que Ève y el tipo aquel. Está oscuro. ¿Quién las sigue? ¿Quién espera a que se separen y luego sigue a Savita, y no a Eve? ¿Por qué Savita? ¿Por qué no Ève? ¿Es pura casualidad? ¿En qué se diferencian? ¿En qué se parecen?

Pasan las horas. No puedo dormir. Necesito entenderlo.

Y entonces, creo que lo sé. Como Ève, creo que lo sé.

La banda me está esperando. Echo de menos nuestras vueltas nocturnas en moto. La noche nos abre sus confines y nos bebemos el viento acre del barrio y entendemos que ahí hay algo que decir sobre la energía de nuestros cuerpos calientes. Es el momento primario. El instante que estalla y da la convicción de estar vivo. Por un minuto, por un segundo; vivir como la nota disonante que se le saca a una guitarra, escuchada a lo lejos. No desaparecer. No renunciar a ser.

Pero decido no ir con ellos, porque sé de qué están hablando en este momento. Y se me han acabado las ideas. He visto su rabia cuando la han visto volviendo con el poli. ¿Cómo puede ser tan tonta? Volver aquí en un coche de policía. No debe ni haberlo pensado. Solo piensa en lo que le preocupa. Y los demás, aquí, no la preocupan. Conozco demasiado bien a esta chica que me he inventado.

Quiere ser dueña de su tiempo, sus actos, sus decisiones, su cuerpo. Se niega a ser insignificante. Pero nada de eso es suyo. E insignificantes, aquí, somos todos.

En alguna parte de la fábrica abandonada se está tramando algo. Una luz roja baña los edificios, barre el cielo, estría las fachadas. Como zombis en una película de terror, sin parar van saliendo cosas de las entrañas, del sótano, del agujero de una alcantarilla, de un conducto de ventilación. Estos son los monstruos que hemos creado, vienen con una botella rota en la mano, listos para devorar, para destripar. La vida, de un solo golpe, ha tomado un rostro enemigo.

Pero cuando el enemigo se zafa, nosotros nos volvemos los unos contra los otros, ávidos, alucinados.

Están pensando en Clélio en prisión. En Savita muerta. En Eve con el policía. La ecuación es flagrante. Merece sufrir.

Mi Eve, que piensa que ha nacido con el corazón de acero, no sabe que lo que habita en ella es lo dorado y lo caliente del oro, que no cesa de fundirse y fugarse, y que de esta chica fundida pronto no quedará más que un charco sin forma ni rostro.

En la fábrica abandonada, se han reunido para decidir el plan de acción. Hay que levantar barricadas en el barrio, dicen unos. No, hay que atacar a quienes ponen Troumaron en peligro, dicen otros. Vamos a prender fuego a la comisaría. Vamos a reventar los escaparates. Vamos a volcar los coches. Vamos a enseñarles quiénes somos. No pueden usar a Clélio de chivo expiatorio. Vamos a obligarles a que lo suelten, si no van a matarlo en la cárcel, es más fácil que esperar al juicio. Ya ha pasado antes. Van a hacer lo mismo con nosotros. Luego dirán que somos todos iguales, que somos todos asesinos, que nos merecemos un muro alrededor del barrio, un muro sin salida. Van a convertir Troumaron en una cárcel, un campo de concentración.

Con ayuda del alcohol y los porros, todo el mundo está preparado para luchar por que no los encierren. A la luz tenue de las lámparas de petróleo, inconscientes del peligro, empiezan a fabricar cócteles molotov. Con el cigarrillo en la boca, van empapando jirones de tela en gasolina y los embuchan en el cuello de las botellas. La energía de la violencia se apodera de ellos.

Pero antes, dicen, antes, hay que encontrarla a ella. Es la que lo empezó todo.

Ahora tienen un objetivo concreto para su rabia.

Con un rotulador indeleble escribo a toda velocidad en las paredes de mi cuarto, como un enfermo, como un demente, presa de un ansia por contarlo todo antes de que me olviden.

Es una historia fragmentaria y coja, hecha de ira y amargura, pero es la única que conozco. La de las vidas de la gente como yo, tan simples que se rompen antes de haberse construido, tan inciertas que se borran antes de haber rozado las cosas. Sus esperanzas se disipan cada mañana como el polvo a sus pies. Su muerte no aspira a la savia

de las estrellas y nunca evocará nada diferente del espacio desnudo de una tumba. Por eso, los barrotes nacen ya en su mirada.

Quien quiera que entre en mi cuarto tendrá que enfrentarse a otro enigma. Pero, al menos, he dicho lo que tenía que decir. Eve, hay que huir. Tengo que ayudarte a huir.

Ève:

Mi cuarto está tan cargado de humo que parece gaseado para un suicida. Desde que me he encerrado aquí dentro, fumo todo lo que me cae entre las manos. Pero el dolor sigue aquí. Yo sigo aquí.

Una vez más, prácticamente me ha arrancado el pelo de la cabeza. Pero esta vez, lo ha usado como agarre para arrojarme contra las paredes. Ya no sé dónde me duele. No sé dónde o contra qué me he golpeado. Por todas partes.

Aplasto la enésima colilla contra el linóleo agujereado y empiezo a desvestirme. Casi tengo que ir despegándome la ropa de la piel. Me miro en el espejo. Mi aspecto impresiona: incluso a pesar de todos estos dolores, no era consciente de los estragos. Caigo sentada al borde la cama, frente al espejo. No sé qué parezco. Nada, nada en absoluto. ¿Hay algo que reconocer aquí todavía?

Mi piel se ha vuelto de colorines: amarillos, azules, violetas, negros, rojos. Si no me doliera tanto, me reiría. Parezco un arlequín ataviado de la manera más sencilla. No sabía que una pudiera adornarse con tanto colorido. Pero cuando intento sonreír, me duele. Se me agrietan las comisuras de los labios. Luego, el interior de la boca. Por último, de golpe, se abre en mí toda una miríada de grietas. Me estoy resquebrajando.

De un cajón, saco unas tijeras.

Así me encuentra mi madre, acurrucada sobre mí misma, emparedada en soledad, con las tijeras en la mano derecha.

Por una vez, está tranquila. Se arrodilla delante de mí e intenta aflojarme los dedos que rodean las tijeras, pero no es capaz. Mis manos son firmes y las suyas no paran de temblar.

Déjame, le digo.

No te voy a dejar hacer eso, dice.

Piensa que voy a intentar matarme con estas estúpidas tijeras.

No voy a hacer una carnicería, le digo. Solo quería cortarme el pelo.

Me lo he visto en el espejo: sale disparado de mi cabeza como fuegos artificiales. Como uno de esos personajes de los tebeos cuando les estalla una bomba en la cara.

Se sienta a mi lado en la cama. Me pasa la mano por el pelo. Supongo que está tratando de contar cuántas veces ha sido presa fácil para la mano ajena. Como si fuera la parte más fuerte de mi cuerpo, el lugar en que mi energía pudiera tomarse y absorberse.

También porque es la parte más visible de mi feminidad, es ahí donde se empieza, ahí donde se hiere.

Me da la impresión de oírla murmurar: Te he abandonado.

Creo que estoy equivocada. Pero vuelve a decirlo con claridad: Te he abandonado. Ninguna madre debería hacerle eso a sus hijos. Te he abandonado por cobarde e irresponsable.

Coge del armario la parte de arriba de un pijama y me ayuda a ponérmelo. Luego me dice, dámelas, yo lo hago.

Coge las tijeras y empieza a cortarme el pelo. Es duro y complicado, el pelo cruje, las tijeras chirrían. Mechón tras mechón, todo va cayendo al suelo. Agradezco el ruido que hace, me seca las posibles lágrimas. El contacto con mi madre es extraño, esta proximidad, después de tantos años. Intento acordarme de la última vez que estuvimos tan cerca. Pero queda demasiado lejos. La sensación de su mano en mi cabeza es agradable. Hay algo especial en las manos de una madre, creo. Pero para mí es demasiado tarde. No me dejo llevar. No quiero que me consuelen.

Cuando acaba de cortar los mechones más grandes, va a buscar la maquinilla de su marido y me rapa al cero.

Me miro al espejo. Esta vez, sí consigo sonreír. Tengo una pinta realmente rara. Me he transformado. Creo que al fin me parezco a lo que quería ser: una leona. La leona famélica de algún zoo olvidado más que una reina de la sabana, pero no importa. Me gusta.

Mi madre no es capaz de mirarme.

Cuando se va, la leona se enfunda unos pantalones con una mueca de dolor. Coge su cartera y sale sin hacer ruido, como sabe hacerlo ella, sin que se note.

Fuera, aunque voy cojeando, tampoco nadie repara en mí. Me he vuelto invisible, ya apenas humana, la encarnación de una voluntad que, ella sola, es capaz de moverme y mantenerme en pie.

Te está esperando.

Sabe que vendrás. Lo sabe con la certeza hastiada del próximo aliento. Las cosas han ido demasiado lejos. Ya no entiende el sentido de sus actos. Sabe que vas a descubrirlo, en un momento u otro; alguna chispa saltará en tu cabeza, en tu memoria.

Está sentado frente al televisor, cuyas imágenes se agitan en silencio y

lo bañan de una luz blanca. Ya has venido antes a buscar libros a su casa. Sabes dónde vive. Abrirás la puerta, respirarás el olor a matarratas. Pensarás quizá que ha optado por esa vieja forma de suicidarse, tan lamentable, tan dolorosa, y que vas a encontrarte un cuerpo verdoso retorcido de dolor, con el rostro congelado en un rictus dedicado a la vida. Pero descuida, no va a regalarte esa visión de sí mismo.

Te dirá: siéntate. Tú observarás el estampado florido y marchito de los sillones y preferirás quedarte de pie.

Irá hacia ti y te estrechará entre sus brazos. Tu cabeza apenas le llegará a la altura del pecho. A pesar suyo, sentirá un torbellino en el estómago y tendrá ganas de estrecharte más fuerte mientras se acuerda de ti; ya un recuerdo, ya pasado, ya demasiado tarde.

Sobre todo, pensará en aquella vez, aquella noche, cuando el orden de las cosas trastabilló y se tergiversó el tiempo. Mientras tenía todavía la boca en lo más profundo de ti, comenzaste a sangrar. Notó ese deslizamiento aún caliente por la hondura de la que venía, esa ofrenda fluvial de textura extraña, a la vez densa y líquida, con sabor a cobre, que le tiñó de rojo los labios. Se apartó. Observó con emoción el hilo de sangre que brotaba sin prisa, no como el de una herida, sino como el de una cicatriz que se hubiera abierto de golpe. Contra toda expectativa, aquella sangre de mujer, aquel derrame del volcán escondido, se le apareció como algo sagrado.

Cuando se enderezó, estabas mirándolo. Pusiste la mano en su boca. La tenía roja. Roja de ti, pensaste. Se elevaba sobre ti de tal manera que podría haber sido un vampiro. Podría haber sido el miembro de alguna secta diabólica, bebedora de sangre. Podría haber sido un ser primitivísimo, que bebía la leche y la sangre de sus madres. Pero tú solo pensaste en un niño con los labios rojos de zumo de guayaba.

Aun sumido en la confusión, se dio cuenta de que una sonrisa atravesó fugazmente tu mirada. Pensó: es la primera vez que amagas siquiera el esbozo de una sonrisa. La primera vez que ocurre algo entre vosotros. Algo distinto de lo que ocurre normalmente entre un cuerpo y otro.

Solo con el reflejo de la sombra de esa sonrisa se le aparecieron estúpidamente toda clase de posibilidades jamás entrevistas hasta entonces, un futuro, un sol al que hubieras entreabierto su vida al correr la cortinilla oscura que él pensaba eterna.

Y entonces, justo en ese momento, algo se movió junto a la puerta. Al girarse, vio cómo se oscurecía la luz en el resquicio de la puerta mal cerrada. (¿Cómo es posible que no lo hubiera comprobado?). Se vio a sí mismo desde otros ojos, con la boca enrojecida por la sangre de una mujer. El cambio de ideas fue radical. De golpe, solo sentía vergüenza.

Vergüenza de sí mismo, de haber llegado hasta ahí. Vergüenza del ridículo, si la historia se difundía. Vergüenza de la humillación, si acababan despidiéndolo. Todo se iría a pique por algo simplemente

anecdótico. Lo poco que había construido en la vida estaba a punto de derrumbarse.

Esperó a que te fueras. Se asomó a la ventana y *vio cómo os alejabais juntas. Os siguió. Luego siguió a Savita. La mató sin odio* y *casi sin violencia. Por un instante, tuvo la impresión de que ella consentía. O puede que sencillamente fuera demasiado frágil.*

La fragilidad de un cuerpo de mujer, su ausencia de lucha. Al primer golpe, abandonan. Lo que queda es una cosa sin voluntad, puede que ni siquiera una cosa. Una aniquilación. Una desaparición. Pero esta joven que era tu amiga ya estaba muerta antes, mucho antes de que él la metiera en la basura, pensando en cómo lo haría la gente de aquí si tuviera que matar. (Desprecio inconsciente pero definitivo). Ya había muerto cuando vio brotar la flor roja en su boca. Cuando vio sus ojos tristes y *supo que no la mataba por odio.*

No, no fue por odio. Pero la indiferencia, seguramente, sea mucho peor. Ni siquiera sintió arrepentimiento.

Y ahora, te está esperando. Sabe que vendrás. Solo quiere estrecharte entre sus brazos como regalo de última hora. Aspirará el olor a vainilla de tu piel y *tocará la camiseta suelta que llevas* y *temblará pensando en todo lo que hay debajo. Sabrá que se trata de sus últimas sensaciones de hombre antes de que le toque el turno de morir.*

Clélio:

La abogada que han nombrado de oficio es tan joven que pensé que era una broma. No dije nada, pero se dio cuenta por mi cara de que pensaba que no servía de nada asignarme una abogada si iban a ponerme a un bebé que aún toma el biberón, con su flamante babero nuevo que no se ensucia ni al comer ni al defender a sus clientes.

En fin, como está tan guapa con ese flequillo sedoso por encima de los ojos, no he querido ofenderla. Después de todo, seguramente sea ella la primera mujer a la que vea cuando salga. O quizá, me susurra una voz malvada que se parece a la mía, pero menos tonta, será la última persona que vea antes de que me encierren para siempre. ¿Puede incluso que me condenen a muerte? No recuerdo si aquí nos cargábamos a la gente o no. No creo que haya habido ejecuciones al menos desde que yo nací, pero qué sé yo. ¿Se ha abolido la pena muerte? Eh, ¿se ha abolido la pena de muerte en Mauricio?

Me dirige una sonrisa tranquilizadora y falsa. Masculla algo acerca de una pena incomprensible de cuarenta y seis años, pero serán indulgentes, sobre todo si eres *juvenile*, dice empleando la palabra en inglés como para ocultar el temblor de su voz. Luego se queda mirándome para ver si lo he entendido. Sí, lo he entendido, querida señorita. Ya no soy joven, soy *juvenile*, como en delincuente juvenil.

Dicho esto, en cuanto comienza a explicarme las cosas, me doy cuenta de que sabe de lo que habla. Es seria, centrada y comprometida. De repente, acabo escuchándola con mayor interés. Hace una mueca cuando le digo que mis únicos testigos son los pájaros y las ratas, pero cuando le cuento que esa noche me estaba grabando el nombre de Cario en el culo no parpadea, sino que dice: eso podría ser de ayuda… Si quisiéramos alegar demencia, por ejemplo. No estoy loco, le digo. Me tranquiliza: No, no creo que estés loco, quizá un poco trastornado psicológicamente. Razones tienes.

¿Por qué tengo razones?

No responde enseguida. Su carita se contrae, parece que adoptara el color grisáceo de los muros de la cárcel. Su silencio es como un secreto que estuviera compartiendo conmigo. No lo entiendo, pero me trastoca. Estoy empezando a irritarme a pesar de mi precaria

situación.

Sé de dónde vienes, dice. Yo también soy de allí.

Me quedo pasmado. No consigo imaginármela como una chica de Troumaron o algún lugar similar. Busco en su piel las marcas de lo fracasados que somos, la prueba de que sus esperanzas ya han comenzado a oler a podrido, pero no veo nada de eso en ella. No veo más que una chica bien, que está haciendo algo con su vida. Pero bueno, todo puede pasar. Eso no quiere decir que tenga que confiar en ella, que yo sepa. Puede que se lo haya inventado todo para hacerme hablar más fácilmente. Además, si quiere alegar demencia, estamos jodidos. Yo no soy actor. No voy a poder fingir que estoy loco.

En cuanto se va, se apaga la luz. El aire, que gracias a ella se había vuelto un poco más respirable, se cierra sobre mí. No va a poder hacer nada, lo sé. Ya no creo en nada. El juicio contra mí ya ha empezado en los periódicos. El guardia disfruta leyéndome partes de los artículos con un chasquido de sus dientes postizos. Tengo que escuchar cómo me describen como un «peligroso matón con antecedentes delictivos». Abundan las fuentes fiables que testimonian en este sentido. Uno de los titulares dice: «Del hurto al asesinato, ¿no hay solo un paso?». Han entrevistado a mi madre. Empieza diciendo *ki mo pu dir u…* Cuando tu propia madre empieza con un ¿qué puedo decirle? es que la cosa va mal. Puedo imaginarme perfectamente cómo sigue. Desde que era pequeño, ha sido difícil de controlar. Lo he intentado todo, se lo juro. Su padre y yo hemos hecho todo posible por llevarlo por el buen camino. Pero se dejó influenciar por esa banda de delincuentes. Desde que cayó en sus manos, no hay nada que hayamos podido hacer. *Piti-la inn sanze, mo dir u.* Está irreconocible. Y así sucesivamente. No es consciente del daño que me está haciendo, mi pobre madre. Piensa que así los *missiéziz* se compadecerán de mí y la pena no será tan dura.

Pero por lo menos, mamá, por lo menos, podrías haberles dicho que no crees que sea culpable. Podrías habérselo dicho.

No hay una sola voz que hable en mi favor. Aunque voces hay muchas, las oigo desde que estoy aquí. Las voces en mi cabeza ya no se callan. Pero yo, como santa Bernardita, no estoy loco. Cuando a tu alrededor hay demasiados muros, y más muros detrás de esos muros, las voces conversan contigo para impedir que te derrumbes.

Lo único que espero es que no dure demasiado. No sé cuánto tiempo podré aguantar.

Espero poder tener una segunda oportunidad.

Si alguien me está escuchando, me gustaría tener una segunda oportunidad. Incluso aunque eso signifique hacerme cura.

Sad:

Se van apoderando de las calles, uno tras otro, siguiendo el ritmo de una música seca, sin melodía, pero hipnótica. Suenan como abejorros entregados a la caza. Como avispas sedientas, abejas furiosas, una insolencia de insectos que perciben no muy lejos la llamada de una rara floración. La horda huele a distancia ese único cuerpo movedizo en que se ha convertido el verano, utilizando algún tipo de sentido inaccesible a los hombres. Los hombres-insecto, los abejorros-máquina, avanzan en círculos amplios, bailando una danza de orientación bajo la luna húmeda.

En motos, morillos y bicicletas, se lanzan a la búsqueda de Eve.

Yo doy vueltas por mi cuarto, armado con mi rotulador negro. Me siento completamente inútil y desvalido. Me empeño en describir cómo me siento al mismo tiempo que reflexiono, lo cual me distancia de mis propios pensamientos. Como si quien escribe estuviera fuera de mí, me esfuerzo por utilizar metáforas y comparaciones, figuras de estilo que van disfrazando la verdad. ¿Por qué no simplemente escribir: la banda ha cogido las motos y ha salido del barrio? ¿Por qué no decir: tengo miedo de que encuentren a Eve? ¿Por qué no decir: tengo miedo?

Escribo para no volverme loco. Me parece que eso también lo ha dicho ya alguien. Tengo ganas de llorar. Por eso y por todo, por mis ganas de existir a cualquier precio, yo, hijo de Troumaron, por mis llamadas de socorro dirigidas a nadie, por todo lo que nos ataca, por todo lo que nos incrimina, por todo lo que nos amarra, por todo lo que nos silencia, hay que decir decir decir y decir, por todo eso los mataré yo mismo, me uniré a la caza, eliminaré a todos los que quieren hacerle daño a Eve, y haré de mí mismo un suceso del que hablarán en la tele y en los periódicos, y luego, ya en prisión, escribiré mi historia, escribiré poemas que mandaré a los editores y acabarán haciéndome caso, la distancia que me separa de la escritura levantará la admiración de todo el mundo, la gente dirá: no es adorable, no es maravilloso, este crío desfavorecido que ha tomado a Rimbaud por modelo, acaso no es ese un bonito golpe mediático y literario, voy a convertirme en un buen golpe mediático, y encima tendrán la

impresión de estar haciendo trabajo social, me pondrán como modelo para otros chavales de los barrios que pasan soberanamente de todo, pero, sobre todo, me escucharán y me leerán, eso es lo que cuenta, no importa cómo lo hagan ni con qué fin, que me exploten si es lo que quieren, lo único que yo quiero es sacar la cabeza del agua, escapar a mi destino, ser.

Pero para eso, voy a tener que matar.

Y, antes de todo, debo encontrarla.

Tengo que armarme de valor para salir. Los surcos que han ido abriendo a su paso aún atraviesan el aire. Si me ven, me obligarán a decirles adonde ha ido.

Se me hace difícil abrir la puerta de mi cuarto. En este rincón el aire todavía era respirable. Aquí estaban mi guarida y mi alba. Pero fuera, no hay continuidad posible. Todo se ha detenido. Todo se halla a la espera. El mundo se ha cerrado. Ya no podemos salir de los cercos que ha trazado nuestro propio empeño. Son cercos que dicen al resto del mundo, no somos como vosotros, nuestro mundo no es como el vuestro, hoy, aquí, nos encarcelan con más dureza que en las prisiones del Estado.

Siempre habría que reservarse el esbozo de una puerta. Que sea posible la ilusión de una huida, aunque sea un trampantojo, un engaña-almas.

En el barrio, todo el mundo se ha paralizado.

La banda se ha dispersado por Port Louis en busca de ella. Van armados con cócteles molotov. Antes que nada, quieren encontrarla. Después ya no escucharán más que el martilleo en sus cabezas y la acritud en sus bocas. El primer estruendo será el que más impacte, en el silencio de ciudad. Luego, los que sigan serán sencillos. Con la estridencia y los gritos, el miedo se irá apoderando de la gente. Algunos intentarán huir. Otros correrán a ponerse a cubierto. Así de fácil se propaga la ola. Nos atacan. Atacamos. La chispa va jugando a saltar al potro. Y, al final, llega la explosión.

Ellos no entienden. Están atrapados en su deseo de lo imposible. No comprenden hasta qué punto su mundo es delicado. Que ese gesto de furor estúpido y adolescente de lanzar la piedra contra el escaparate va a generar una onda de choque casi imposible de parar. Son crios que muerden, vale, pero, tras ellos, están los lobos esperando a salir a la superficie y despedazarlo todo.

Han elegido olvidar que, aquí, todo conduce a lo identitario. Y que, cuando la gente se mira, antes que ver un rostro, ven una etiqueta asignada para siempre.

No quiero formar parte de quienes despierten al volcán. Esta isla

ya nació de uno. Con una erupción es suficiente. Echo a correr para encontrarla antes que ellos. Por suerte, sé dónde está.

Ève:

Avanzo renqueando, a trompicones. Cada vez que respiro se abre una puerta a la urgencia. Dura una eternidad. Cada vez que respiro se despiertan las partes doloridas de mi cuerpo. Pero al menos, así, estoy segura de seguir consciente.

Tardaré lo que tenga que tardar. Mi tiempo ya no es el mismo que el de los otros. La libertad y el final: eso es lo que me guía.

Cada respiración interrumpida se me acumula al fondo de la garganta. Todas juntas, me ahogan. Creo que ahora entiendo lo que vivió Savita. Pensar en ella me duele todavía más, ahora que sé que fue por mi culpa.

La hipocresía de este hombre me da risa, o miedo, no lo sé. Ah, sus temblores, sus pequeños sobresaltos, sus sustos. Pobre criatura reptiliana, desprovista de vértebras. Me deseaba tanto que llegó a desafiar su vergüenza. Su coraje fue suficiente para llevarlo al aula de biología y hacer de su sombra en las paredes un monstruo desnudo; pero que alguien más lo viera, eso no. Un ojo ajeno sobre su decadencia, no. Es capaz de tumbarme sobre la mesa hasta incrustarme en las vetas de la madera, de tomarme en todos los sentidos, de fingir adorarme, desde el momento en que estamos solos en la prisión de sus fantasías. Pero alguien nos ve, y reniega de todo. Ya me lo imagino diciendo: fue ella quien me provocó. Fue ella quien me suplicó. Fue ella quien se lanzó sobre mí. Seguramente acabaré habiéndolo violado.

Pienso en la pistola que me dio el inspector, que presiona suavemente mi axila. Lo que me ha dado es la posibilidad de cambiarlo todo. De volver a empezar desde el principio y hacer *tabula rasa*. He esperado demasiado. Hay un mundo más allá de lo prohibido. El cuerpo de Savita me lo dijo: quema tus cadenas y vete. El inspector me lo dijo: esto no es para que te entierres, es para que te abras paso. Sabe qué caminos he seguido y adonde podría llevarme el siguiente cruce entre dos piedras.

Voy a dejarle mi marca justo en medio de las cejas. Después me iré. Voy a escaparme a través de la violencia. No hay otra salida. En mi cartera, bajo el brazo, la pistola pende con delicadeza. Mi moneda

de cambio para negociar con el destino. No necesito tenerlo todo. He sido una estúpida, como lo es una a los diecisiete años. Ahora lo sé. Hay un lugar en el que el grito de los pájaros es seco y penetrante, y donde el verano arde tan salvajemente que se te olvida hasta el recuerdo de las lombrices en los intestinos.

Toda muerte está en tus manos, me dice el arma en la cartera.

Toda vida también, me dice Savita.

¿Qué eliges?

Hago acopio de todos mis recuerdos antes de afrontar esa mirada vieja antes de tiempo, de asesino por vergüenza y por impotencia. De los dos, el más inconsolable.

Clélio:

Sus ojos se vuelven de terciopelo, a la sombra del flequillo. ¿Es por mí?

Se llama Lauren.

Se llama Lauren.

Creo que no voy a ser condenado a muerte.

Puedo deshacer los ladrillos que me han sepultado aquí. Uno a uno, puedo ir arrancándolos de su lecho de argamasa, aunque me deje las uñas y la juventud en ello. A fuerza de mirar las paredes, se convierten en una mancha oscura, luego en un agujero, luego en nada. Una abertura sobre el todo. Un vaivén sobre la nada.

¿Reír o llorar? Las opciones son limitadas.

Pero lo más importante es saberse firme: yo no he matado a nadie. Que el mundo se venga abajo, pero yo no he matado a nadie.

En mitad de la noche, salgo de esta especie de fango que aquí se hace pasar por sueño y veo a Cario mirándome tras los barrotes. Me levanto de un salto. ¡Cario! ¡Has vuelto! Asiente con la cabeza, pero no dice nada para no irritarme con su acento pseudofrancés. Me pongo frente a él y paso las manos entre los barrotes. Me coge las manos, pero las tiene tan frías que me da un escalofrío. ¿Tienes frío, Cario?, le pregunto. Asiente de nuevo con la cabeza. Es el aire de la cárcel, le digo, te deja frío antes de reventarte. No te quedes aquí. Iré yo a verte fuera. Me quito la cazadora y se la doy. Cuando va a ponérsela, me doy cuenta de que está desnudo y se ha quedado muy flaco. ¿Qué te pasa, Cario? Y entonces veo que él está también dentro de una celda. No entiendo nada.

Más tarde, me encuentro fuera, en un lugar que se parece a la costa de Souffleur. Estoy de pie al borde de un acantilado rocoso. Las olas se abalanzan contra la pared del acantilado, la muerden, la desgastan. Parece que, antes, el viento hacía el sonido de un cuerno al pasar por los túneles que el agua había ido excavando en la roca. Soplaba y gemía, se oía desde los pueblos vecinos como las voces de los muertos. Hasta que las olas abrieron pasos cada vez más grandes y le robaron la voz al viento y a los muertos. Así que ahora soy yo el que grita, sopla,

gime y despierta este lugar de su silencio.

En la cárcel, lo único que se oye es mi voz.

Luego, el fango del sueño vuelve a atraparme.

Se dice que, de noche, los océanos duermen. Pero a lo mejor es que están ya muertos.

Sad:

Estoy triste, como mi nombre. Me he abandonado a su deriva. Nadie más que yo es capaz de seguir la nube que porta su nombre.

Está lloviendo. Toda esta lluvia me da frío. Me gustaría unirme a ella, unirme a su camino, unirme a su suicidio; un pacto entre dos seres rotos, dos bestias cansadas antes siquiera de haber comenzado a vivir.

Pero tampoco quiero dejarlo todo aquí. Todavía tengo una vida que vivir. No tengo miedo de tropezarme. Tengo miedo de mirar de frente a la caída. Eso es lo que les espera a los chicos, a las chicas como yo, como ella, cuando la hoja del cuchillo cae sobre nuestra noche y nuestra risa. ¿Acaso no hemos llegado todos nosotros a ese momento?

Todo es tan breve. Unos cuantos míseros años, apenas el tiempo de abrir unos ojos nuevos a la vida y ya lo que se presenta ante ellos es la muerte. Nuestro dilema: entre la derrota y la conquista por la violencia. Pero esa conquista no es tal. Es la resistencia de los desesperados. Eso es lo que me gustaría haberles dicho a los que en este momento se despliegan por la ciudad con sus caras de ángeles caídos, presas de un ritmo truncado, mientras la voz detonante de sus máquinas anuncia ya el vencimiento. No entiendo qué nos ata a estas cadencias asesinas.

¿Será el sol ceniciento del día en que nacimos?

Está lloviendo. Está lloviendo dentro de mi cabeza, por todas partes sobre mis secretos. Se podría decir que yo mismo estoy llorando, pero no es verdad.

No quiero morir.

Quiero empezar a hablar de estos lugares que existen por fuera del tiempo y que nos aniquilan. Quiero poder decir estos lugares que se obstinan en negar lo que somos.

Atravieso una hilera de puertas blindadas cerradas con cadenas. A medida que avanzo, voy teniendo la impresión de que se han cerrado por mí. Nadie más me va a dejar entrar. He salido de todos los espacios permitidos, de los territorios habituales. Eve me arrastra en su trayectoria concéntrica, en su torbellino de ira.

Me cruzo con cuerpos dormidos en los umbrales de las puertas. Duermen en las escalinatas grasientas de lluvia con la cara al descubierto. Son borrachos caídos bajo el peso del alcohol en su estómago. Hay una mujer muy vieja, quizá muerta, que está usando un fardo de trapos a modo de almohada. Un perro y un hombre duermen juntos, dando un concierto de ronquidos.

Todos tienen los mismos rostros, planos como su herida. Siento que puedo entrar en su interior y habitar el centro de su tristeza. Que puedo ser cada una de las arrugas hendidas en la cara de la vieja. Puedo ser el vientre del perro enfermo, que se hunde profundamente en sus costados y vuelve a salir para tratar de preservar el flujo de vida dentro de su cuerpo. Puedo ser la mano del hombre que se mueve, se cierra, se abre, se cierra, se abre, para no quedarse petrificada del todo. Puedo ser la punta de su camisa deshilachada, tirada sobre el charco de orina que hay a su lado. Puedo ser la voz del viento que sopla sin violencia y la isla que duerme sin intención de comprender.

Si puedo ser todo eso, también puedo ser ella, Ève. Sé dónde está, sé lo que está haciendo. Siempre lo he sabido.

Y soy ese hombre lánguido y lamentable que ha roto nuestra paz, el catalizador de la explosión, por cobardía y deseo.

Y los padres y madres asfixiados por la boca del fracaso.

Y los chicos con una sed rabiosa que creen ganarse la libertad al sembrar el caos. Y soy, como él, que me habla en sueños sin cesar, un ladrón de fuego.

Pero ahora, soy yo: otra vez simple, doble y múltiple a la vez. Soy Sad. Es lo único que importa.

Al verlo, el cambio que ha sufrido te deja atónita. Los remordimientos lo han destrozado. Como una larva, pretende reptar debajo de los rincones de los muebles. Por la puerta abierta, por su gesto de resignación al verte entrar, una mano levantada que deja caer enseguida, te das cuenta de que te estaba esperando. Frente a él, hay una botella de ron medio vacía que carga la sala con sus efluvios y enmascara olores más enquistados. A su alrededor, hay montones de hojas de papel, algunas rajadas, otras no. Hay fotos de alguien que se le parece vagamente, pero que la esperanza vuelve irreconocible. Es alguien a quien le han succionado toda luz.

En el momento de ir a matarle, experimentas un instante fugaz de compasión. Enseguida, recuperas el aplomo: él no tuvo la más mínima compasión. Cobarde, humillado y egoísta, definitivamente su desaparición ofrece las mayores virtudes.

Hace ademán de levantarse, pero no tiene fuerzas suficientes. Respira agitadamente y te das cuenta de que tiene miedo. Te dice:

No me hagas daño.

Sus palabras resuenan en tu cabeza como un eco gélido. Cada vez que has ido a encontrarte con un hombre, en tu mente, en tu carne, no había más que esas cuantas palabras: no me hagas daño. Nunca las has pronunciado en voz alta. Pero tampoco nunca podías saber de antemano cuál sería el alcance de los daños. Y te hacían daño, sin titubeos ni vacilaciones, a veces con una sonrisa, a veces sin pensarlo. Te parecía que formaba parte de la transacción.

Hoy, es el hombre quien lo dice, solo porque tienes un arma en la mano. Aceptas la inversión de roles. Atesoras el desprecio que te llena el vientre.

Le dices: arrodíllate.

También eso te lo dicen siempre. Arrodíllate. Abre la boca. Recibe.

Está tan consumido que parece a punto de desmayarse. No entiende. Se lo repites:

Arrodíllate.

Por fin, obedece. Te acercas a él, lo tomas por la barbilla y le miras a los ojos para recordar bien ese rostro y ese momento. Entonces, colocas el cañón de la pistola en su frente, entre las cejas.

La pistola pesa, pero no es demasiado grande y se adapta bien a tu mano. Te preguntas si le habrás quitado el seguro, si sabrás disparar. La carne cerosa a tus pies ya no tiene nada de humano. Parece más muerta que la de Savita en la morgue.

Vuelves a pensar en ella, tal y como la viste por última vez. Su tono violáceo, su fijeza, su quietud definitiva son culpa de él. Es culpa de él esa negación de todo lo que ella había sido: una chica risueña, pensativa, cariñosa y llena de vida. Él fue el último instante de su vida. Esa cara pastosa, vencida, ignorante del sentido mismo de la palabra amor, fue lo último que vio mientras moría.

No vas a perdonárselo.

Ève:

He salido de su casa sorprendida de que nadie haya oído el ruido. No me esperaba un ruido así. Creo que me he quedado sorda. Pero no me ha temblado la mano.

Tras sus ojos cerrados, estaban también los de todos los demás.

Salgo a la lluvia que ha empezado a caer. Es lenta y tibia. Me moja la cabeza prácticamente desnuda, me pega la ropa a la piel. Es tan abundante que a mi alrededor van naciendo charcos que se agrandan hasta hundirme los pies.

Tenía la impresión de que me había alejado de la casa, pero en realidad no me he movido. Sigo ahí de pie, sin saber qué debo hacer.

¿Cómo sigue la historia? Sad, lo de narrar es trabajo tuyo. Yo no sé hacerlo. ¿Aquí es donde voy a acabar, a los diecisiete años? ¿Tan corta es la vida?

Sad:

Lo he hecho: he llamado a la policía para avisar de que hay riesgo de disturbios. Espero que lleguen a tiempo.

Llego corriendo a casa del profesor. Eve está de pie delante de la casa y le da la espalda. Está completamente calada por la lluvia. Incluso sin pelo, la reconozco enseguida. Eve, es Eve. Tiene una pistola en la mano.

Una luz de estrellas se ha apoderado de ella. Tiene el rostro desencajado. Los colores extraños de los golpes nublan sus rasgos. Sus ojos tienen tal profundidad, el eco que emiten es tan metálico, que me cuesta mirarla. Van más allá de esta casa, más allá de Port Louis, más allá del presente. Tiene los ojos puestos en el mañana, y el mañana no existe.

La lluvia trae el olor del océano. Con un tierno murmullo, va empapándolo todo a su alrededor. Parece que la lluvia fuera a diluirla y deshacerla, de tan poco como queda de ella.

De frente, me acerco y le quito la pistola de la mano. No me lo impide. Me dice:

Ha dejado una carta sobre Savita.

Le digo: Qué bien, van a tener que liberar a Clélio, y además así tendré una excusa.

¿Una excusa?

Cuando me entregue a la policía.

Niega con la cabeza y pacientemente me explica: No, soy yo quien lo ha matado, no tú.

Eve, digo, déjame hacerlo. Sé lo que tengo que hacer.

Me mira con un rastro de su antigua ira en los ojos:

Tengo que ir hasta el final, esto no tiene nada que ver contigo.

La llevo hasta un múrete que nos protege un poco de la lluvia. La obligo a sentarse a mi lado. Se encuentra mal y cansada hasta el punto de dejarse hacer, aunque contrae el rostro en una mueca cuando el movimiento vuelve a despertar los dolores.

No quiero que cargues con la culpa por mí, dice. Te prohíbo que lo hagas.

Tú nunca me has hecho falta.

Tú nunca me has hecho falta.

Seis palabras, una en cada palma de la mano, una en cada pie, una en la cabeza y otra en el corazón. Empiezo a gotear de color rojo.

Por primera vez, me rodea con los brazos. Tiene en la boca una expresión triste, pero inflexible. A pesar de mi turbación, no puedo evitar medir el centímetro que nos separa.

Si no, todo esto no habrá servido de nada, dice.

No sé de qué ha servido. Noto que respira con dificultad, que el corazón le late sin ritmo. Observo los destrozos de su cuerpo. La han esculpido en roca basáltica. No comprendo la violencia; simplemente está ahí, por todas partes. Un veneno que flota en el aire.

Pero al menos tengo una certeza: por ella, con ella, por una o varias temporadas, estoy dispuesto a ir al infierno. Todo lo demás me resulta indiferente. Paso la mano por su nuca, por su cabeza rapada. Incluso bajo el múrete, el agua nos está ahogando.

Pero sabe bien en mi boca.

esta edición, primera, de Eve de entre sus escombros se acabó de imprimir
en madrid en la imprenta de gráficas cofás en enero de 2024
www.armaeniaeditorial.com

NOTAS

[1] La palabra se compone de los términos franceses *trou* (agujero) y *marron* (marrón) [N. de la T]

[2] Rimbaud, A.: «Las primeras comuniones», *Obra completa bilingüe*, trad. Manuel Armiño, Ediciones Atalanta, Girona, 2016.

[3] Rimbaud, A.: «Carta a Paul Demeny, de 28 de agosto de 1871», *Op. cit.*

[4] Rimbaud, A.: «Carta a Théodore de Banville, de 24 de mayo de 1870» *Op. cit.*